
NICOLÁS
HYDE
EL
IMPÚDICO
DESEO
DE MI
HERMANO
Mil pecados inconfesables

EL
IMPÚDICO DESEO
DE MI HERMANO

SERIE:

«MIL PECADOS INCONFESABLES»

NICOLÁS HYDE

Copyright Nicolás Hyde
©2024
All rights reserved.
Imagen de portada por VitalikRadko.
Se prohíbe la distribución total o parcial de este libro. Al adquirirlo se está de acuerdo en no vender, copiar o distribuir el contenido de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor.
Los hechos narrados a continuación son producto de la imaginación del escritor y, en ningún momento se trata de normalizar actos violentos, solo es un relato perteneciente al Dark Romance Erotic, por lo que se recomienda discreción.

ADVERTENCIA:

Este libro contiene material destinado exclusivamente a lectores adultos. El relato erótico presente en estas páginas explora temáticas y situaciones de naturaleza sensual y sexual, con descripciones detalladas de encuentros íntimos, así como relaciones tabúes en donde los personajes «tienen» cierto grado de parentesco.

Es importante destacar que todos los personajes involucrados en esta historia son mayores de edad, y las escenas de contenido explícito que se narran están basadas en el mutuo acuerdo y consentimiento de los protagonistas. Aunque algunas situaciones puedan presentar un tono más intenso, rudo o tabú, todos los actos son consensuados.

Se recomienda a los lectores que sean sensibles a contenido sexual explícito o aquellos que no cumplan con la edad legal para consumir este tipo de material, abstenerse de continuar la lectura.

La finalidad de este libro es proporcionar una experiencia literaria adulta. Por favor, leed con responsabilidad.

SINOPSIS

Dalia y Matt siempre compartieron una relación intensa, un lazo que iba más allá de su parentesco, una conexión que no impedía que sus corazones latieran con fuerza cuando sus cuerpos se encontraban. Al borde del abismo, solo necesitaban un empujón para precipitarse y ver cómo todo se desmoronaba bajo sus pies.

Una fiesta alocada de Halloween.

Un disfraz seductor.

Un secreto obsceno que arrasará con todo, permitiendo que el deseo desenfrenado invada sus vidas.

Un relato ardiente donde las máscaras caen, liberando su efervescente pasión.

CAPÍTULO 1

EL SABOR DE SUS LABIOS QUEDÓ IMPREGNADO EN LOS MÍOS cuando se alejó y sus ojos del color del invierno nevado me observaron con avidez. Sus pupilas dilatadas refulgieron con el fuego de la pasión, abrasándome desde los cimientos, provocando un socavón caliente que hizo palpitar mi sexo.

Jadeé, me sofoqué ante su mirada, ante la forma en la que me acorraló contra la pared minutos atrás para hacerse con mis labios y asesinar mi voz.

Sin que pudiese decir nada, su mano en mi nuca bajó a la mía con un roce electrizante que retuvo mi respiración e hizo que mis ojos se nublaran ante la sensación. Entrelazó nuestros dedos y, sin que me atreviese a contradecirlo, me arrastró hasta el piso superior, donde las habitaciones de la mansión se abrían paso para todos aquellos que quisieran disfrutar y tener un poco de intimidad.

Gemí y mis ojos repasaron su fuerte espalda. Mi corazón se alteró, mis pezones se crisparon y deseé que aquellos ojos pertenecieran al hombre del que llevaba encandilada desde hacía demasiados años, pese a que compartíamos un lazo irrompible y una relación que no quería quebrantar, por él, por mis padres, por mí.

* * *

HORAS ATRÁS...

—¡Por favor, Matt! —rogué por septuagésima vez, aferrada a su antebrazo como si fuese mi salvavidas.

—He dicho que no, Daly. Tengo muchas cosas por hacer. Quizá no lo entiendas ahora, porque todavía eres una cría, pero cuando entras a la universidad, pierdes mucho de tu tiempo libre —refutó con una media sonrisa, sin despegar sus celestes ojos del periódico que leía con tanta fijeza, pese a que ya llevaba bastantes minutos en la misma noticia.

Bufé y mi cabello bailó con mi aliento.

Lo solté como niña pequeña enfurruñada, sin meditar que con eso estaría probando su punto.

—Para que lo sepas, no eres tan mayor como crees. Desde que entraste a la universidad, no te cansas de decir lo mismo, pero adivina qué, solo eres dos años más grande que yo —alcé los dedos para indicar el número—. ¿Me entiendes?, solo son dos años. Tienes veinte y yo dieciocho. Además, tu argumento no devalúa el mío.

—Ah, ¿sí? —inquirió divertido, sin mirarme, aunque supe que sus ojos registraron mi puchero por un segundo.

Doblé los brazos bajo mis pechos, erguí la espalda, alcé la barbilla y crucé las piernas con elegancia.

Su sonrisa se amplió, pese a que se desvaneció por un segundo cuando tragó saliva y se relamió sus delgados labios con la punta de su mezquina lengua. Mis pupilas se quedaron atascadas en el movimiento serpentino de su lengua, una punzada de deseo me hizo apretar las piernas y tuve que retener la necesidad de acercarme una vez más a Matt y restregarme contra sus músculos magros para que supiera exactamente lo que en realidad quería.

—Sí —proseguí con mi diatriba tras un segundo en el que mi corazón se detuvo—. Si dices que la universidad es tan difícil que te quita todo el tiempo que tienes para socializar con tu preciosa hermanita, ¿no deberías acompañarla por última vez a la fiesta de Halloween? —indagué con suavidad y me mordí el carrillo.

Inspiró hondo y dobló el periódico con tranquilidad.

Se removió en la silla del comedor y se giró para poner toda su atención en mí, arrancándome una sonrisa grande y tierna para que bajara las defensas y claudicara a mi petición, como lo hacía cada vez que le daba mi mejor mirada de cordero.

—Vamos a ver, Daly, es cierto que ya estás por entrar a la universidad y que vas a tener menos tiempo y por ello tu vida social quedará arruinada —indicó con una pizca de burla, con ese tonito sabiondo que hacía vibrar su voz con un malicioso retintín que me ponía mala—. Y sí, el otro año seguro que no podrás ir a una fiesta como esa a la que me quieres arrastrar, pero, hasta dónde sé, tienes amigas y un novio, así que no necesitas que tu hermano te acompañe, mucho menos a una fiesta de críos en las que todos pretenden ser inteligentes al saltarse las normas sociales y beber hasta caer desmayados.

Parpadeé sorprendida por su discurso de «hombre mayor», o más bien, de niño que se cree maduro, porque eso fue. Me mordí la lengua por un segundo y mi cuello se endureció.

—José ya no es mi novio —fue lo único que pude responder porque no logré refutar su argumento, no por falta de ideas, sino porque fue lo que salió de mis labios.

Las cejas de Matt se alzaron con sorpresa y me miró perplejo.

—Daly, yo…

—Tampoco puedo ir con Marcela, ya no es mi amiga —concluí con un extraño ardor en el pecho, en especial porque sus ojos celestes me atravesaron y tuve que apretar todos los músculos del cuerpo para retener el impulso de rogarle, de pedirle que no me dejase sola.

Su boca se abrió y se cerró.

—¿Qué? —alcanzó a preguntar, confundido y sacudió su cabeza como si no comprendiera lo que acababa de decirle—. Pero habéis sido amigas desde el preescolar…

—Sí, es así, y eso es lo que más me duele —bajé la voz, pese a que la rabia se filtró en mi tono.

—¿Qué pasó?

Suspiré y no quise ver su gesto preocupado, sus cejas arrugadas hacia el centro de su frente amplia en la que le caía mechones lizos de su cabello oscuro y sedoso que más de alguna vez quise tocar con la punta de los dedos.

Desenrollé las manos y bajé la cabeza para mirar mis piernas enfundadas en el pantalón de pijamas.

Todavía era muy temprano, acabábamos de desayunar, solos, porque mamá y mi papá se fueron de viaje ese mismo día a las Bahamas para algo de trabajo o de placer, ya ni sabía. Solo estábamos los dos y… quería pasar más tiempo con mi compañero de aventuras y olvidarme de lo que pasó, lo que descubrí.

Negué con la cabeza y unos mechones de cabello pelirrojo se salieron del moño malhecho con el que me até mi melena esa mañana.

—Daly…

—No voy a responder solo porque me digas «Daly» —repliqué con una imitación al tonito de su voz cada que decía mi nombre con condescendencia o lástima, no lograba descifrarlo por mucho que lo repitiera.

Claro, me gustaba cuando me miraba, cuando lo único que veía a través de sus ojos, de ese color celeste eléctrico, era a mí, mi rostro, mi cuerpo, yo y solo yo. Me encantaba que pusiera toda su atención en mí, aun cuando temí que alborotase mi corazón, aun cuando hice de todo para que esos sentimientos dejasen de existir. Mi alma se postró ante su mirada masculina que derruyó cada parte de mi ser y me dejó dentro de sus aguas turbulentas, en especial cuando su sonrisa se amplió y se inclinó para admirarme mejor.

—¿No me vas a decir qué pasó? —consultó con tranquilidad y una de sus manos se alzó para reacomodar el mechón de cabello que se salió del moño.

Resoplé y me eché para atrás, tratando de poner distancia, porque no nos convenía volver a enredarnos como en mi cumpleaños, cuando casi nos besamos después de que fuese a su habitación para despertarlo y me pusiera sobre su cuerpo a horcajadas para pedir mi obsequio.

Sacudí la cabeza.

—No querrás saber.

—Claro que quiero, eres mi hermanita, ¿recuerdas? —recalcó con amabilidad.

Me mordí los labios. Bueno, eso era parte del problema, el hecho de que me viese como su hermanita y se portase como todo un hermano sobreprotector cuando me pasaban ciertas cosas. Tampoco se me olvidaba lo que le hizo a mi primer novio cuando me metió mano y me tocó las tetas. Casi lo mata, de no ser porque me le subí a la espalda y le hablé para que lo soltara, la historia sería muy diferente y quizá seguiría en la cárcel.

Chisté.

—Antes, me tienes que prometer que no irás detrás de nadie para apretarle el cuello —apunté con seriedad, señalándolo con el índice.

Su sonrisa se amplió para mostrar sus dientes blancos y rectos que completaron su estampa de hombre oscuro, misterioso y seductor.

Casi resoplé, pero no quería que mi cabello se alborotase más, ya bastante despeinada estaba.

—No puedo prometer nada, pero te diré que haré lo posible para contener mi mal genio… A menos de que alguien se lo merezca, no lo golpearé —afirmó con solemnidad.

Negué con incredulidad, con un mohín en los labios, para volver a cruzar los brazos bajo mis pechos que se alzaron. El canalillo se marcó y Matt trató con todas sus fuerzas de no verme las tetas que llevaba sin sujetador y se marcaban bajo la camisa. De no ser por mi cuerpo, dudaba mucho que mi hermanastro supiera que era una chica, una chica que sentía cosas, que tenía necesidades, claro, en su mente me volaba la cabeza. Mi rostro era el de su tierna hermanita, a la que adoraba y cuidaba como un perro de ataque, entrenado para defenderme. Mientras, escrutaba mis curvas con morbo, como si fuesen las tetas y el culo de una desconocida. Cuando quería, tenía sus cosas medio raras. Así como esos jueguecitos con los que comenzamos a tentarnos tiempo atrás, cuando los pechos me crecieron y le llenaron por completo la mano.

De solo pensarlo, me puse caliente y me sonrojé sin querer.

Su ceja se alzó y aguardó una respuesta que estaba tardando demasiado, pero la culpa la tenía él y sus ojos golosos.

Bufé.

—No hay mucho qué contar, Matt. El estúpido de José se metió con Marcela. Me dijo que ella sí le daba lo que quería y… —me corté cuando sus ojos se enfocaron en mí, perdió la sonrisa y algo en su mente hizo las conexiones necesarias para descubrir el trasfondo de lo que estaba diciéndole, sin necesidad de que mi boca me inculpara.

Sellé los labios y el calor me bañó la cara por completo, hasta que mi piel se mimetizó con el rojo de mi cabello.

—Te dejó porque no te acostaste con él —apuntó con la voz ronca y apretada, enojado o algo más parecido al enojo, no lo supe precisar.

Me revolví sobre el asiento y negué.

—No es eso, no fue porque me negase a… ¡Ah, déjalo así!, ¿bien? Solo digamos que ambos se revolcaron a mis espaldas y los descubrí porque su amigo me envió un estúpido mensaje porque quería «consolarme» —comenté molesta y abrumada, volviendo a decir algo que no debí.

Cerré los párpados cuando me di cuenta de mi error. Bajé la cabeza, derrotada, sin querer ver la tensión en sus grandes y anchos hombros.

—¿Cómo que te quería consolar? —indagó con los dientes prensados, acercándose peligrosamente a mi silla.

—Nada, relájate, solo fue una buena persona tratando de advertir sobre una infidelidad —zanjé por la paz y me alejé sin alzar la cabeza, porque no quería ver su mirada asesina, esa que debilitaba mis piernas porque me encantaba que fuese sobreprotector conmigo.

Gruñó, un gruñido animal que crispó mi piel. Me mordí el labio para no jadear y apreté los músculos ante el delicioso hormigueo que envió las vibraciones de su voz a mi coñito ansioso.

«Por eso debiste masturbarte por la noche para que, cuando te lo encontraras por la mañana, no estuvieses arañando las paredes» —me regañé mentalmente y me obligué a respirar hondo para rezagar todas esas ideas al fondo de mi cerebro. Por desgracia, estaba tan cerca, que su aroma a limpio, a *after shave*, a su colonia con motas a brisa fresca entraron por mis fosas nasales y prendieron

mi cuerpo como una hoguera.

¡Estaba en problemas!

Sacudí la cabeza.

—Déjalo, ¿sí? —pedí con la voz en un hilo, más por su culpa que por lo que pasó con mi supuesta mejor amiga y mi exnovio.

Su mano se alzó y me levantó la cara al jalarme del mentón. Me escrutó con sus ojos como dos témpanos de hielo y ladeó la cabeza.

—Entonces… ¿irás conmigo? —consulté para cambiar el tema, para olvidarme del nudo que se hizo en mi vientre, de las palpitaciones en mi vagina, del escozor en los pezones, y del deseo de brincarle al cuello para que me convirtiera en mujer.

Entrecerró los párpados, soltó la tensión de sus hombros y sonrió con majadería, medio burlón.

No respondió, en su lugar, me acarició la mejilla por un segundo, antes de ponerse de pie y llevar sus platos sucios a la cocina.

Dejé salir el aire de los pulmones y mis ojos lo siguieron hasta que se perdió en la entrada del gran comedor que quedó vacío cuando salió.

Matt… ¿hasta cuándo lo olvidaría? ¿Cuándo dejaría de desearlo, de imaginarme siendo tomada por sus manos, desnudada y follada por su cuerpo, por sus increíbles músculos, por su vigorosa anatomía que al verlo me provocaba una y mil sensaciones reprobables?

Estaba pagando una jodida condena desde que nuestros padres se casaron. Quizás él no lo sabía, pero siempre me gustó, siempre quise que me viese como algo más que su hermana, que me notase y, cuando mi cuerpo desarrolló, le dejé tocarme, aun cuando sabía que los juegos para coger el mando del televisor de su mano no eran más que una estratagema para que me acariciase las curvas, desde la cintura, las tetas, hasta el culo.

CAPÍTULO 2

MI ENAMORAMIENTO CON MI HERMANASTRO comenzó el día en que nuestros padres se unieron para formar una familia. Fue una cena familiar bastante íntima en la casa de su padre, Ernesto, el hombre que se ganó mi entero cariño para ocupar ese mismo puesto en mi cabeza.

Mi madre y papá se conocieron cuando mamá quedó viuda. Ernesto llevaba divorciado casi desde que se casó y mamá fue su secretaria después de enviudar, cuando tuvo que sacarme adelante como madre soltera. Cupido los hechizó con una sola flecha y, sin importarles que tenían hijos, se enamoraron perdidamente del otro. Una historia bonita, simple y cliché, aunque nunca me aburrió cuando era niña.

Mamá habló de Ernesto desde que salieron formalmente, no me dijo los detalles, por supuesto, nadie le cuenta a una niña de cinco años que su novio o amante lo conoció porque usó una falda más pequeña de lo adecuado y él se fijó en ella cuando se agachó y le vio el trasero. No, esas cosas quedan para las novelas o películas para adultos. La historia de mamá era más parecida a la de Cenicienta y, en lo personal, como toda niña que amaba las películas de princesas, quedé fascinada de la historia de su encuentro.

Desconozco si Matt supo de mamá de la misma forma o cómo abordó Ernesto la situación, no pregunté, me pareció un tema personal, en especial porque, para aquel entonces, Matt vivía con su madre.

Papá y mamá se casaron sin mucho preámbulo, y unos días antes, nos presentaron. Ya conocía a Ernesto y me pareció un hombre atractivo, caballeroso y, por supuesto, me fascinó que me tratara como a una princesa, incluso me regaló un libro de Ariel, La Sirenita, por eso de mi cabello rojo, y algunas cosas más que no recuerdo porque no me impactaron tanto como el libro con dibujos preciosos que todavía guardo cerca de la cama.

La verdad, estaba entusiasmada con la idea de tener un papá, del mío recordaba muy poco o casi nada, así que tener una figura masculina tan imponente y amable significó un cambio enorme para mí.

Pero no fue hasta que conocí a Matt, que mi cerebro infantil comprendió lo que estaba pasando, la nueva familia que se fusionaría con la boda de nuestros padres.

Matt… Cuando lo vi, me pareció el niño más atractivo de todos. Estábamos en casa de su padre. Mamá y yo llegamos unos minutos antes y Ernesto aprovechó para enseñarme la que sería mi habitación, un impresionante cuarto, grande, con las paredes celestes, así como los detalles, una cama enorme con un suave dosel incluido y todos los peluches que jamás imaginé tener. Al bajar por las escaleras, el timbre resonó y uno de los empleados de papá fue a abrirle a Matt y a su madre, que ni siquiera quiso entrar a saludar.

Mis ojos ascendieron del último escalón y, pese a la distancia, lo vi. Y… fue asombroso. Mi corazón se desembocó, mi boca se abrió y, creo que los ojos me brillaron, quizá yo brillé.

Matt parecía el espejismo de un príncipe azul. Siempre fue alto, con el cabello muy oscuro, la piel muy clara en contraste, la barbilla perfilada, los labios ni delgados ni gruesos, los ojos gélidos, no

solo por su color celeste eléctrico, sino porque carecían de expresión. Su gesto… ni siquiera parpadeó cuando su padre nos presentó.

Me escondí detrás de mamá y cuando sus ojos se posaron en mí, una sonrisa pequeña se dibujó en sus labios y cupido volvió a hacer de las suyas, esa vez, para hacer que cayese perdidamente enamorada de mi hermanastro.

¿Cómo podía ser tan atractivo?

Maravillada y atontada, lo observé como si fuese una ilusión.

Casi tenía siete cuando ellos se casaron. Matt ya había cumplido los nueve y, pese a que mi timidez hizo que nos costara relacionarnos al principio, cuando me hablaba era tan gentil que me enrojecía de inmediato.

Mi enamoramiento por mi hermanastro se completó con sus muestras de afecto. Pese a su gesto impávido el noventa por ciento del tiempo, conmigo era completamente diferente. Le gustaba estar a mi lado, verme jugar, le placía charlar sobre cualquier tontería con la que juró era su hermanita, aun cuando casi no teníamos nada en común, porque a esa edad, dos años hacen una gran diferencia.

Una vez escuché a mamá y papá hablar sobre nosotros. Resulta que Matt siempre quiso tener una hermana, así que cuando supo que era una niña, pequeña, y tímida, de inmediato su sentido de protección se activó y no le importó que no llevase su sangre para considerarme de su familia.

Escucharlos… me rompió un poco el corazón. Hasta ese entonces creí que le gustaba, que vio lo bonitas que eran mis pecas y mi cabello como el fuego, que a diferencia de los motes que me decían en el preescolar y luego en el cole, Matt veía mis ojos avellana con motas verdes y descubría algo más que los estanques sucios que me hicieron creer que tenía por ojos mis compañeros de salón.

Ser pelirroja de niña no fue tan bonito como se hace creer en algunas películas o series. Casi siempre recibí insultos por mi cabello, por mis pecas, por lo pálida que era, por supuesto, los peores no eran por mi color de cabello, sino porque no me parecía nada a mamá y todos decían que era adoptada.

Mi madre, Carlota, siempre fue preciosa, una mujer excepcional, con un cuerpo delgado y curvilíneo, perfectamente proporcionado, una melena oscura, una piel bronceada/morena, de un tono rojizo despampanante, con unos ojos grandes, expresivos, gatunos, de un color casi negro que le daba un aire exótico a su rostro de barbie que creí que heredaría cuando me convirtiera en adulta. Mamá era la mujer más bella a donde quiera que fuese, sin embargo, su primer matrimonio no fue con un hombre de extravagante belleza, de hecho, mi padre biológico era…, ¿cómo decirlo…?, normal, un pelirrojo promedio, con una sonrisa amable, un rostro sincero y… Mamá dice que era el hombre perfecto, un caballero andante que la contemplaba por horas y horas, que durante el embarazo hizo todo para que estuviésemos bien.

Siempre le alegró que su hija se pareciera a su padre. Decía que heredé más que su sonrisa cálida, más que su cabello rojo, más que sus ojos grandes y dulces, más que mi piel suave y salpicada de pequeñas pecas.

Antes de que mamá se casara, ella fue la única en resaltar mi «belleza», pero cuando Matt se volvió mi hermanastro, no dejó de decirme que era bonita, quizá porque se enteró de las burlas y apelativos con los que me llamaban, quizá porque entendió que mi autoestima no era la mejor. No obstante, en mi cabeza me lo decía porque le gustaba, al menos eso pensé por un tiempo, hasta que escuché a papá y mamá y mi mundo se derrumbó.

Enamorada y decepcionada, quise ser solo su hermana, quise con todas mis fuerzas darle lo que quería, así al menos uno de los dos tendría lo que soñó.

Al principio, no fue difícil, Matt no vivía con su padre, y cuando llegaba, rara vez se quedaba a

dormir, así que me adapté a mantener en secreto mis emociones. Cuando se mudó, fui la primera en casi gritar de la emoción. Su madre se consiguió un nuevo esposo y, al parecer, a Matt no le agradaba el tipo, así que, con casi once años, decidió mudarse con su padre.

Desde ese momento, verlo todos los días era un regalo y un sacrilegio. Jugar juntos, nadar en la piscina, verlo, soñar con él… Estaba pletórica, aluciné con su atención y, aun cuando sabía que no podía dejarme llevar, lo hice.

Pero nuestra relación no cambió hasta que entré a la pubertad. Matt siempre me vio como a la hermanita que debía proteger, cuidar y tratar como a una especie de muñeca. Sí, era un cuidador rapaz y sabía que podía acudir a él si me molestaban, lo demostró cuando, a los trece, un niño me estaba queriendo besar a la fuerza. Él llegó, me lo quitó de encima y lo empujó, casi sin delicadeza, contra la pared. Para aquel entonces, los motes acabaron, al menos los de los niños, que parecían más interesados en mi rostro más armónico.

—¡Qué no te vuelva a ver fastidiando a mi hermanita! —rugió Matt con los dientes apretados y una expresión extraña que nunca le vi.

Tenía los ojos entornados, la mandíbula rígida, los músculos tensos y el cuello y la frente con las venas resaltadas. Estaba furioso o lo que le sigue.

Me asusté, pese a que solo duró por un instante, hasta que la punzada de dolor destrozó mi corazón cuando dijo esa tonta palabra que definió nuestra relación: «hermanita».

Casi me ahogué en mi dolor, así que no me quedó de otra que salvar al tonto chico que trató de besarme a la fuerza frente a todos. Por supuesto, la advertencia quedó muy en alto para los demás, y casi nadie se acercó a mí por un largo tiempo, hasta que cambiaron de cole a Matt a uno mucho mejor, solo para hombres.

Tenía quince cuando sucedió lo de mi primer novio, cuando se dieron cuenta en clase de natación que tenía los pechos más grandes que el promedio de las niñas de mi clase.

Los sentí a mi alrededor en esa primera ocasión. No lo hice a posta como alguien dijo después, no busqué el traje más revelador, incluso quise esconder mis senos, pero fue imposible. El bañador era ajustado y todos vieron mis pechos en primer plano, pero no acabó así, la cosa se puso más tensa cuando me quité la toalla de las piernas porque debía meterme al agua y alguien silbó al verme el culo.

Desde ese día, me convertí en una de las niñas más solicitadas por puro imbécil que me quería tocar y presumir de ello. No era una persona, era un trofeo y, a decir verdad, la atención me disgustó. Venía del lado contrario y me pareció un insulto que se fijaran en mi cuerpo, que se refirieran a él de forma obscena y peyorativa, así que comencé a usar ropa floja para tratar de ocultar lo que todos sabían, incluso llevaba shorts a las clases de natación y busqué trajes de baño más cubiertos.

Por supuesto, empeñarme en cubrir mis nuevas curvas no quitó la atención en absoluto y, por un tiempo, creí que no encontraría nadie a quien le gustara por quien era.

Matt tenía su novia y, a pesar de que sonreí cuando me la presentó, me sentó muy mal conocerla. Devora era preciosa, rubia, alta, espigada, de rostro femenino y cierta dureza en la mirada y, junto a Matt, se veían perfectos.

Sí, necesitaba una pareja. Sabía que no era su primera novia, tenía dieciséis después de todo, así que entendí que tuvo «amigas» desde antes, pero jamás presentó alguna de esas chicas, pero Devora… Con Devora parecía ir más en serio.

Y como alguien con el corazón destruido, creí que la frase de «un clavo saca otro clavo» podría valer para mí.

No es que le dijera «sí» al primero que se me cruzó, pero ganas no me faltaron.

Alán era guapo, inteligente, usaba gafas y también era alto. Era el chico con mejores notas, el nuevo del curso, así que cuando me dijo que le gustaba, después del receso por las fiestas, no dudé en preguntarle si quería ser mi novio, creyendo que sería diferente, que si le gustaba era porque le parecía bonita y admiraba algo más que mis curvas, después de todo, no me había visto en traje de baño ya que dejamos de tener natación y en gimnasia usaba una talla extra de uniforme.

Creí que sería diferente.

Fue mi primer beso. El miedo con otros me hizo tardar en tocar a un chico, aun cuando había quien me parecía interesante o atractivo. Y sí, me hubiese gustado que fuese Matt, en mi cumpleaños quince, pero no, sucedió con Alán antes de mi fiesta, mucho antes.

Los dos éramos bastante torpes y me dejé llevar al creer que podía tener un poco de experiencia. No fue así y casi se le quiebran las gafas cuando nos besamos por primera vez. Fue un beso dulce, tibio y nada excitante. Tampoco tardamos en entender la dinámica y, con las semanas, los besos subieron de nivel.

En mi cumpleaños número quince, cuando me celebraron con una elegante fiesta en un hotel de lujo e invitaron a un montón de personas, me escapé con Alán para recibir su obsequio en uno de los pasillos para ir a los sanitarios.

En retrospectiva, no, no fue muy inteligente de mi parte, pero éramos unos críos.

—Quiero ponértelo —propuso cuando me enseñó el bonito collar de oro blanco que me compró, con una gema verde en medio que tenía el mismo color de mis ojos avellana, incluso se oscurecía en un verde oscuro, casi café, en los bordes.

Emocionada, me giré, aparté mi cabello medio recogido y le dejé ponerme el colgante. Mi error fue no ver su sonrisa maliciosa y creer que su cercanía era adecuada.

Sus manos deslizaron el collar con sutileza, las yemas de sus dedos rozaron mi cuello y el escote. Abrochó el colgante sin mayor inconveniente, pero no me dejó girar cuando iba a agradecerle.

—Quédate así —susurró con la voz más ronca.

Me paralicé porque no entendí lo que quería hacer y mi cerebro dejó de funcionar cuando me abrazó por detrás y me olfateó la curvatura de la nuca.

Lo sentí más alto de lo que creí, detrás de mí, empujándome contra la pared de enfrente. Su mano en mi cintura reptó hasta tomar mi pecho desde abajo y di un respingo de la impresión.

—¡Qué bien hueles, sirenita! —musitó con un extraño retintín que me revolvió el estómago.

El corazón se me detuvo cuando quiso meter la mano por el escote del vestido verde de corte sirena, ajustado, que llevaba puesto y tocarme las tetas sin restricción.

Temblé, paralizada, dejé que me tocara, que sus dedos avanzaran por el canalillo para bajarme el vestido y… Una fuerza invisible lo alejó de mi espalda con un solo movimiento.

Inhalé hondo, tiritando de frío. El mundo volvió a girar. Con la vista turbada por las lágrimas contenidas, me giré para ver a Matt sosteniendo contra el suelo a un miedoso Alán que tenía los ojos bien abiertos y le mostraba las palmas como si con ello se pudiese prevenir la paliza.

—¿Acaso no te diste cuenta de que no quería?, ¿no viste que no le gustó cómo la tocaste, imbécil? —rugió Matt con furia, incluso más de la que mostró con el chico que trató de besarme años atrás.

Mis ojos se enfocaron en mis manos que temblaron y no escuché los reclamos que Matt bramó, no vi cómo agitó y le pegó a Alán moviéndolo contra el suelo como si fuese un muñeco de trapo.

No abrí la boca para detenerlo, no pude, me quedé quieta en mi lugar, con las pupilas enfocadas en mis manos pálidas, frías y tiritantes que se difuminaron con cada nueva ola de lágrimas.

Oí la voz de una mujer llamarme a la lejanía, llamar a Matt.

Alcé los ojos y me encontré con Devora, tratando de separar a Matt de «mi novio», o el que era

mi novio, gritándole como perro de caza, como un can con rabia. Parpadeé sin comprender qué hacía mi hermanastro allí, y Devora me azuzó para que la ayudara.

—¡Haz algo o lo matará! —gritó y todo volvió a girar con más prisa.

Llamé a Matt, mi voz tan suave que no salió casi de mi boca. Lo intenté una vez más y otra, y cuando puse mi mano sobre su hombro casi me la aparta de un manotazo. Allí vi que Alán tenía un ojo morado, el labio partido. Matt lo miraba con tanta rabia, que temí que lo asesinara, su furia me enfrió las ideas.

Comprendí que no lo podría solo detener con palabras, así que me le eché encima y lo abracé con fuerza.

—Suéltalo, no vale la pena —susurré con ímpetu, apretándome a su cuerpo que se aflojó en cuanto me escuchó, en cuanto me sintió sobre su espalda, apretada, rodeándolo para que soltase a la sabandija de mi exnovio.

Lo abracé con cariño hasta que soltó a Alán, quien salió pitando en cuanto se puso de pie, con las piernas flojas y los ojos agrandados por la violencia sufrida, ni siquiera tenía puestas las gafas, pero no le importó, solo se alejó.

Devora nos miró por un segundo y luego me jaló para que soltara a Matt, para que dejase de abrazarlo.

Me tambaleé hacia el suelo, pero Devora no me dejó ni siquiera agradecerle a Matt, en su lugar, lo arrastró hacia los baños y le dijo algo sobre enjuagar sus manos y quitar el sudor de su cara. No entendí, solo me quedé quieta, parada contra la misma pared contra la que me puso Alán y observé sus espaldas, la de Devora, delgada y sensual, y la de Matt, ancha y masculina. Para ese entonces, Matt era casi tan alto como en su adultez, y gracias a practicar varios deportes desde niño, tenía un cuerpo digno de un hombre, con músculos fuertes, definidos, incluso para su edad.

Mi alma palpitó cuando comprendí que Matt ni siquiera me miró, solo volvió a cumplir con su papel de hermano.

Le agradecí más tarde y le pedí que no volviera a hacerlo, que tendría que lidiar con las cosas por mi cuenta.

—Sabes que siempre voy a estar para ti, Daly —susurró con dulzura y, con delicadeza, me acomodó el cabello, regalándome una de esas sonrisas y miradas casi paternales que solo me estrujaron el corazón.

Le sonreí y bajé su mano con cuidado para que no me malinterpretase.

—Quiero hacerlo por mí misma, Matt. Sé que, si pudieras, me salvarías de cualquier cosa siempre, pero prefiero ganar mis propias batallas. Además, no creo que sea buena idea que le estés pegando a todos los chicos con los que me cruce —indiqué con picardía y le sonreí más grande.

Se le desdibujó el gesto y me miró con fijeza.

—Escúchame bien, Daly. Tú eres alguien muy preciado para mí y no dejaré que nadie ni nada te dañe, ¿me entiendes? —gruñó con rastros de ira y algo más que no supe precisar.

Mi sonrisa vaciló y luego asentí como si esas palabras tuviesen sentido dentro de nuestra relación fraternal, pese a que solo me confundieron.

Impulsada por las mariposas que revolotearon en mi pecho, me incliné sobre su rostro y le besé la mejilla, algo que nunca había hecho hasta ese entonces y, como cría que era, me alejé con rapidez con un «gracias» que grité cuando salí corriendo de su habitación.

Pese al corto tiempo en el que mis labios hicieron contacto con su mejilla, el hormigueo, la sensación de su incipiente barba, así como el olor de su colonia, perduraron en mi mente y cuerpo por mucho tiempo.

No obstante, no fue hasta que tuve dieciséis que todo cambió, un día en el que estaba en la ducha, enjabonándome y de repente, la puerta se abrió y me giré justo a tiempo para verlo parado en

el umbral del baño.

Sus ojos se abrieron y me miró con la boca entreabierta. Mi pulso se disparó y alcancé a cubrirme las tetas, que tenía más grandes, y mi pubis depilado, pero ya era tarde, Matt me había visto desnuda.

CAPÍTULO 3

SUS OJOS TUVIERON POCOS SEGUNDOS PARA DEJAR GUARDADO EN SU MENTE LAS FORMAS DE MI FIGURA, las tetas grandes, pesadas y rellenas como dos gotas de rocío, la cintura pequeña, el vientre plano y suave que tenía una ligera inclinación hacia mi sexo, como si quisiera remarcarlo, y mis nalgas turgentes, infladas como dos peras que forman un corazón.

No sé si logró verme los pezones o cuando me cubrí y di un pequeño gritito no pudo apreciarlos erguidos y pequeñitos.

—¡Perdón! —vociferó y apurado salió del baño.

Era mi baño, no supe qué estaba haciendo allí. Nunca le puse seguro a la puerta porque sabía que nadie entraba a la habitación sin tocar, pero Matt no llamó, entró al cuarto y luego al baño, encontrándome desnuda, con las manos sobre mis muslos que estaba enjabonando con una pierna alzada porque tenía pereza para doblarme.

Para mi desgracia, o por fortuna, no fueron solo dos segundos, fueron varios en los que sus ojos me repasaron antes de que reaccionáramos.

Apenada, no quise sacar el tema y él tampoco dijo nada hasta la noche, cuando me aseguró que solo quería pedirme prestado no sé qué cosa. Fue la primera vez que balbució frente a mí y sus mejillas se sonrojaron tan tenuemente que me costó distinguir el color de su sangre.

—Déjalo así, por favor —supliqué para callarlo cuando quiso explicarse mejor y me encogí en el asiento de la sala de proyecciones, donde estaba viendo una película de terror, de esas que nunca dan miedo.

Matt se sentó a mi lado con un contundente resoplido y se pasó las manos por su cabello desordenado.

Tras un rato incómodo, preguntó si podía cambiar la «basura» que estaba viendo.

Ofendida y tratando de quitar la carga de en medio, me negué y escondí el control tras mi espalda, bueno, casi lo puse en mi trasero.

—No quiero —negué como niña pequeña cuando me ordenó que le diera el mando y le sonreí con burla.

Ni corto ni perezoso, se me echó encima y me hizo cosquillas como otras veces, pero en lugar de quedarse en mis costillas, su mano bajó por mi torso hacia mi espalda mientras me reía con mi poca resistencia a la estimulación de sus dedos y, sin que lo esperase, se cernió sobre mí, me apretó contra el sillón, restregó su abdomen contra mis tetas con fruición y se alejó cuando me tocó el culo y tomó el mando del televisor.

Quieta, lo miré sin dar crédito a lo que pasó, pese a que Matt estaba feliz después de haber recuperado el mando y de manosearme como nadie más hizo después de Alán, porque volví a tener mala fama y nadie se me acercó por mucho tiempo.

Al ver que Matt no parecía afectado, me dije que todo fue producto de mi imaginación, que no me había tocado de forma tan descarada, que mucho menos se frotó contra mis tetas, pero la evidencia estaba frente a mis narices, y quedó más claro cuando volvió a pasar una tras otra vez.

Cada vez que uno de los dos estaba viendo algo que el otro supuestamente no quería ver, pese a que cada uno tenía mil pantallas para usar, peleábamos y nos rozábamos con algo más que

confraternidad, incluso se podría decir que Matt lo buscaba y por eso veía aburridos programas de noticias cuando sabía que estaba cerca.

Los juegos se intensificaron cuando me metí el mando dentro de la blusa y, sin meditar sus acciones, su mano siguió la broma y tomó el control sin problemas, incluso me bajó el sostén.

Herví y dejé que sus dedos me rozaran el pecho, sin llegar a tocar el pezón, pese a que arrastró el sujetador y me dejó con las perlas erguidas frente a sus ojos que repasaron los puntos sobre mi blusa con una rápida observación para luego fingir que no pasó nada, como cada vez que lo hacía.

El corazón me pitó en los oídos, la sangre calentó mi rostro y escote y, no me enorgullece decirlo, pero no me reacomodé el sujetador que se quedó extrañamente puesto en mis costillas, apretando mis tetas hacia el frente y arriba.

Sentada, aguardé a que el debate político que estaba viendo Matt terminase y me levanté para irme a mi habitación.

Unas semanas después, cuando nuestros padres anunciaron que se irían de viaje, decidí hacer algo más decisivo. Me gustaba nuestros juegos, me gustaba la adrenalina de ser pillada por sus manos, de restregarme contra sus muslos enfundados en vaqueros gruesos. Hasta ese momento, jamás bajé los ojos para descubrir si sentía lo mismo, si su miembro palpitaba por mí, no podía, era demasiado para mi salud mental, de hecho, jamás lo hice. Lo que sí hice fue aprovechar que había poca servidumbre en la mansión para quitarme el sostén y usar una sudadera algo gruesa, que encubría la falta de sujetador, y unos pantaloncillos cortos que mostraban mis piernas. Si bien la sudadera me protegería del escrutinio de los empleados, en especial al llevar las manos en los bolsillos delanteros, no sería barrera suficiente para hacer que mis pezones no fuesen descubiertos por sus ojos celestes.

Cuando entré a la sala, lo descubrí viendo otra vez una absurda serie que estaba en otro idioma. Nerviosa, le pedí que le cambiara porque no entendía lo que decían.

Negó y me miró de refilón.

Volví a pedirlo y puse mi mejor puchero. Entrecerró los ojos que bajaron a mis pechos por un segundo, antes de volver a negar.

—Búscalo, si lo quieres —apuntó con displicencia y volvió la vista hacia la pantalla gigante.

Me mordí el labio por un instante, para después lanzarme sobre su cuerpo y tomar el mando con rapidez, ya que lo tenía sobre su regazo. Creí tocar algo con la punta de los dedos, no obstante, fue tan deprisa que no supe si la dureza que sentí se debía al pantalón o a algo más.

—Mío —grité victoriosa y cambié con rapidez lo que estaba viendo.

Sin esperarlo, se echó encima de mí y me derribó contra el sofá, recostándome en un rápido movimiento, para luego pegarse contra mis tetas y restregarse con brusquedad.

—Dámelo, pequeña bruja —susurró con esa voz ronca y sensual que escuché antes, pero que nunca fue tan vibrante.

Gemí por lo bajo al sentir su peso sobre el mío y mi mano se movió a mi espalda para esconder el aparato. Sin que lo previera, metió los dedos bajo la sudadera, se removió contra mi muslo con aspereza y me abrió las piernas para meter la rodilla cerca de mi centro. Cuando buscó en mi cuerpo, sus ojos recorrieron mi cuello, mi boca entreabierta y mis ojos brillantes, subió la mano y acunó un pecho que apretó.

Ronroneó y me soltó al siguiente segundo para después arrancarme el mando del televisor y dejarme pegada al sofá.

Se burló de mí y, como si nada, volvió a poner su programa. Con calma y sin mirarme, cogió mis piernas y las puso sobre su regazo.

Confundida por lo que acababa de ocurrir, me senté mejor y me acerqué a él para poner la cabeza sobre su hombro y acomodarme a su cuerpo como si fuésemos algo más que hermanastros.

Mis palpitaciones eran un pitido excitante, mi humedad caló las braguitas y creí fallecer cuando su mano me tomó el muslo, lo apretó y se quedó tranquilo con la palma encajada en mi carne.

No dijo nada, tampoco lo hice yo, aun cuando me costó inhalar y meter aire a los pulmones porque cada bocanada era meterlo en mi interior. Su aroma me embrujó y en algún momento acabé recostada sobre su regazo, casi con medio cuerpo sobre el suyo y su mano sobre mi cabello. Me peinó y me acarició el abdomen con impavidez, sin poner atención, más que a lo que se proyectaba en la pantalla.

Su mano escaló y me cogió el pecho para estimular el pezón por dos segundos antes de negar y volver a mi abdomen.

Me hice la dormida con la esperanza de que me tocara más, pero no pasó. Matt no era así, él no era rudo, era un hombre complejo, sí, no obstante, jamás se comportó mal conmigo, ni me gruñó como lo hizo con otros, no en realidad, ni siquiera se enojó alguna vez.

Era su hermanita, después de todo, ¿o quizá no?

No lo sabía, pero los juegos se detuvieron cuando se fue a la universidad y nunca volvió a tocarme como ese día, cuando sus manos hicieron contacto con mis senos y los acarició con erotismo, como si nuestro lazo no estuviese establecido por la unión de nuestros padres.

CAPÍTULO 4

NO SUCEDIÓ NADA MÁS, hasta mi último cumpleaños, mi dieciochoavo cumpleaños.

Nuestros padres organizaron, ¡cómo no!, una reunión en casa para festejarme. Matt llegó un día antes a casa y, como si fuese una niña pequeña, me alborotó el cabello cuando me vio y me regaló una de esas sonrisas sensuales que me ponían a temblar las rodillas.

En cuanto me levanté, deseosa de saber qué me compró de obsequio, porque me dijo que me iba a gustar, seguido de un guiño, me encaminé a su habitación.

No llamé a la puerta, sabía que estaba dormido y, la verdad, el entusiasmo me ganó y no me importó la imprudencia que cometería al meterme a la habitación de un hombre en plena juventud. No estaba pensando, me dejé llevar por el deseo de saber qué me había comprado.

Sus regalos siempre fueron… especiales. Me había obsequiado cosas que tenían un significado muy profundo, desde una caja de música con forma de piano con una bonita sirena en el grabado, que reproducía una preciosa melodía que nunca logré identificar, pese a que su dulzura me mantenía calmada cada vez que estaba nerviosa, así como muchas cosas diferentes que siempre parecían apegarse a mis gustos y tener un significado intenso.

No me resistí, entré a la habitación, estaba dormido boca arriba con la cabeza hacia un lado. Un brazo fuerte salía de la sábana gris y el otro estaba por debajo.

Me acerqué con sigilo y me subí a la cama con cuidado para ponerme sobre su cuerpo a horcajadas. Quería sacarle un susto cuando me viese, desarreglada, despeinada y sin maquillaje, con el pijama de lilas pequeñas. El conjunto era una camisa de seda, de botones, y unos pantaloncitos a juego que se ajustaron a mis muslos cuando me puse sobre él.

En retrospectiva, no lo pensé bien, no debí hacerlo, mucho menos vestida con tan poca ropa. Dormía sin sujetador y mis pechos se bambolearon con cada paso, así que no es de extrañar que cuando puse mis manos en sus hombros para despertarlo con una fuerte agitación, mis nenas decidieran jugar con él y hacer que el primer botón se saliera del ojal sin darme cuenta.

—¡Matt, es mi cumpleaños! —grité cual loca, fascinada por verlo dormir plácidamente y despertarlo con tal sobresalto.

Llevaba sin verlo bastante rato, y cuando llegó el día anterior no pudimos hablar mucho porque Ernesto se lo llevó para conversar sobre la universidad. Esperé por un tiempo, pero estaba tan sobreestimulada que, sin querer, me quedé dormida.

Lo agité hasta que abrió los ojos y me miró sobre su cuerpo. Mis manos se deslizaron a sus duros e hinchados pectorales que desnudé sin darme cuenta y acaricié con la punta de los dedos.

Sonreí como cría en navidad y casi le pongo las tetas en la cara cuando me estiré sobre su cuerpo para reacomodarme y luego bajar para preguntarle por mi regalo.

Matt me miró sin cambiar el rostro, su semblante frío que casi se mantenía inexpresivo para otros, no modificó su gesto como siempre hacía para mí.

—¿Te acuerdas de mi obsequio? —consulté un poco nerviosa al ver que solo me miraba con esos ojos gélidos, tan celestes que era imposible no pensar en una tormenta eléctrica.

Tragué saliva y me removí. Di un respingo cuando sentí algo duro entre mis muslos, justo sobre mi pijama suave. Abrí bien los párpados y estuve a punto de bajarme cuando entendí lo que hice, pero su mano sostuvo mi muñeca y pegó mi palma a su pectoral.

—¿Qué haces, Dalia? —inquirió con ese tonito peligroso que me secó la boca.

Me relamí los labios y contuve el profuso suspiro que trató de salir de mi garganta.

Negué con la cabeza, presa de la excitación y el pánico.

Su cuerpo se movió. Su otra mano me tomó del muslo y subió a mi cadera en una caricia que perturbó mis sentidos.

—¡Daly! —reprendió con los dientes apretados.

Tragué saliva y su mano bajó mis caderas para que sintiera esa dureza que me abrió el sexo al encajarse en mi intimidad con un efecto electrizante que cocinó mi cerebro.

—Yo-yo… solo quería mi regalo —dije sin más, porque no supe qué hacer, cómo hablar.

Su mano en mi muñeca reptó hasta mi rostro y me bajó la cara con sutileza, sin embargo, en sus ojos flameó un fuego azul que quemó todas mis neuronas.

—No deberías subirte a la cama de un hombre de esa manera, Daly, no sabes lo peligroso que puede ser, en especial cuando eres tú quien está encima de él… —siseó con dureza, pese a que trató de ser un regaño.

No me pareció que estuviese dispuesto a soltarme, en su lugar, nuestras caras se encontraron a pocos centímetros, al punto de que mi vista dejó de enfocarse en sus ojos y solo bajé las pupilas a sus labios que se entreabrieron.

Se movió, su pelvis se agitó y me arrancó un gemido corto. Me mareé y mis manos subieron para acogerme de la cama que quedó más cerca de lo que imaginé cuando me senté a horcajadas.

Me relamí y se aproximó. Su nariz aspiró mi aroma y luego se alejó y negó con la cabeza, con los párpados cerrados, pese a que sus manos me sujetaron con brío hasta pegarme a su dureza, que no quise confirmar si era su pierna, su bragueta o algo diferente…

Aspiré con dificultad y, tras un segundo de debate interno me tomó de las caderas y, con demasiada facilidad, me sentó sobre la cama, sobre mis rodillas y cogió una camisa que tenía en la mesita donde también había un libro grueso, sus gafas para leer y poco más.

Paralizada, aguardé, ni siquiera me pude enfocar en su grande y fuerte espalda. Mis hormonas se alzaron y nublaron mi racionamiento. No fui consciente cuando Matt volvió a acercarse y, con cuidado, casi sin ver, me abotonó el botón que se me zafó.

—Vamos, Daly, regresa a tu habitación. El regalo te lo daré después —apuntó volviendo a ser el mismo, con esa sonrisa dulce que siempre me regalaba.

Me acarició las mejillas y me impulsó para que me largara.

Obediente, porque no supe qué más hacer, asentí con una medio sonrisa dibujada en los labios y me retiré de su habitación sin decir nada.

Su dominio sobre mí fue palpable en ese segundo. Ni siquiera pude entender si estuve a punto de besarlo y lo detuvo, o él me iba a besar a mí y se contuvo.

Con los hombros caídos y el sexo palpitante, volví a mi cuarto donde me rocé los labios antes de masturbarme al recordar esos pocos segundos en los que me vio como algo más, o en los que creí que lo hizo.

Me corrí con fuerza, me mordí el labio para no gritar y me estremecí en múltiples espasmos hasta mojar el pantaloncito, porque me toqué sin previas, sin quitarme la ropa. Solo necesitaba desahogar la presión en mi sexo y respirar aire puro, acoger por unos segundos lo sucedido para después fingir que su erección no trató de abrirme en canal, no trató de convertirme en mujer, como nadie hizo hasta ese momento…

CAPÍTULO 5

ME VI EN EL ESPEJO, indecisa sobre el disfraz, no porque mostrase mucho, no porque fuese más un conjunto de lencería que un disfraz de angelito, sino porque lo compré pensando justamente en lo que llevaría puesto José.

Mordí mi carrillo con incertidumbre y giré sobre los tacones para ver el conjunto desde todos los ángulos.

Sin querer parecer una ególatra narcisista, me pareció que el disfraz me quedaba como un guante. Sí, era verdad que José lo eligió para mí justo porque mostraba mucho más de lo que debería, que no parecía yo la que estaba vestida de aquella manera, cuando casi siempre llevaba prendas más cubiertas.

Fue idea suya ir disfrazados en «pareja» o lo que fuese. Se suponía que sería un angelito blanco, celestial y él usaría el disfraz de un diablo, con el torso descubierto que pintaría de rojo y negro para que se viesen sus músculos.

De no haberlo descubierto siendo un sucio infiel, tenía pensado subir a los cuartos de la mansión Sinclair para tener sexo por primera vez.

Suspiré y alisé la falda de tul que se elevaba hasta mostrar la sombra de mi trasero, el nacimiento de mis nalgas, porque las braguitas casi no me cubrían las cachas.

No le quise decir a José lo que tenía en mente, no obstante, pensé en tener nuestra primera vez juntos, en exponerme y «regalarle» mi virginidad como algo que cuidé durante muchos años. Si bien no era el novio más cariñoso del mundo, creí que junto a él podía estar tranquila. Me gustaba, quiero decir, José era alto, atractivo, con un rostro bastante común que destacaba por el color casi cobrizo de sus ojos, de un café acaramelado que me hipnotizó la primera vez que lo vi de cerca. Claro está, su personalidad era deslumbrante, era un hombre de mundo, una persona culta, con conocimientos bastos sobre muchos temas que me impresionó con su fluidez al andar, hablar y moverse en medio de las masas.

Nos conocimos en clases de mandarín a las que mamá me obligó a ir. Se suponía que tendría un profesor privado, sin embargo, cambió de parecer cuando una de sus amigas le habló sobre una de las academias más prestigiosas dentro de la élite.

José era mayor, no el más grande de todos, pero con veintitrés años su pensamiento y actitudes eran diferentes a lo que conocía y estaba acostumbrada a ver en mis allegados. Estaba por graduarse de la universidad y por supuesto que quería aprender un nuevo idioma para atender mejor la empresa de su padre, o algo así me dijo.

Al igual que Ernesto, su padre era muy adinerado, lo que significaba que no estaba acostumbrado a las negativas, sus caprichos se cumplían tal como esperaba que sucediese. Quizá por eso no me sorprendió tanto cuando se molestó la primera vez que me negué a seguir con lo que comenzó siendo un juego en el que casi termino desnuda en su coche.

No quería algo casual, quería algo más romántico, tampoco pretendía hacerlo con el primero que se quisiera meter entre mis piernas y él lo sabía. Siempre fui clara, le dije que necesitaba conocerlo,

saber que no sería solo algo de un instante y, cuando estuviese lista y confiara en él, lo dejaría llegar hasta el final.

Por lo visto, sus «necesidades», como dijo para justificar su infidelidad, eran más grandes. Y claro que Marcela, mi supuesta mejor amiga, aprovechó su urgencia para ofrecerse. Eso sí me dolió.

Marcela fue la primera niña que se me acercó cuando era una pequeñaja. Nos criamos casi en los mismos lugares y bajo las mismas circunstancias. Su padre no tenía tanto dinero como Ernesto, pero le daba todo lo que quería bajo sus propios términos y, por desgracia, eso siempre marcó una brecha entre las dos, aun cuando a mí no me interesaba, cuando nunca la hice sentir mal por ello, al contrario, siempre quise que estuviese cómoda a mi lado.

Nunca averigüé si su rencor fue ocasionado por algo que hice o dije, o si, por el contrario, su engaño provino de otro lado. Ella no se justificó, cortó lazos cuando los descubrí. Su rostro se modificó por completo cuando José la dejó sola para ir tras de mí. Supuse que sí estaba enamorada de él y, aunque quise entenderla, no sería quien diera un paso adelante.

Inhalé hondo y ajusté las tiras del corpiño, tan delgadas y delicadas, que temí reventar el encaje sobre mis hombros.

El peso de mis senos era demasiado para la prenda. El corpiño era precioso, de mi talla, aunque José trató de darme una menor, cogí la copa que me correspondía, de lo contrario, mostraría las areolas, incluso si las tenía claras y de lejos no se verían, no era correcto andar con las tetas al aire.

Me relamí y jalé el sujetador para acomodar mejor mis masas de carne.

Sí, era precioso, un poco incómodo, pero era muy bonito. De encaje blanco, con un diseño que poco o nada dejaba ver, pese a que daba la impresión de que no llevaba la tela de fondo color carne por debajo. Claro, si alguien lo veía de cerca se daría cuenta que mi piel era de un tono muy diferente. El corpiño bajaba hasta por encima de la cintura y se apretaba con los broches traseros que esperaba resistieran el movimiento. La tela solo estaba en las copas, así que en el área de las costillas el encaje se calaba mejor y se vislumbraban algunos lunares que adornaban mi abdomen.

Iba a juego con una faldita de tul, de esas que parecen usadas en el ballet, con muchas capas, corta, que se ajustaba por debajo del ombligo y bajaba hasta solo cubrir el sexo, justo por debajo de la unión de mis piernas.

En conjunto, en el disfraz iba con unas braguitas pequeñas del mismo encaje del corpiño. Eran suaves al tacto, pero casi no resguardaban nada, solo lo suficiente para no enseñar mi sexo.

Por supuesto, las medias hasta el muslo estaban dentro del modelito, y en el dobladillo, donde se sujetaban a mi piel, tenían una franja del mismo encaje para dar la impresión de que todo combinaba a la perfección.

Las alas medianas, de plumas que parecían reales, terminaban el disfraz. Estas se colgaban con dos tiras a los hombros y bajaban hasta las caderas. Eran preciosas, quizá lo mejor de todo.

Lo único que escogí fueron los tacones, unas sandalias blancas, de tiras que se enrollaban al tobillo y al empeine. A José no le gustaron, decía que infantilizaba su elección, que parecía que era una dulce jovencita. En su lugar, quería ponerme unas sandalias transparentes con un tacón obsceno y de mal gusto que, en cuanto me los probé, se tuvo que tapar la erección.

Me negué a usar algo de bailarina exótica, no lo era y no debía pretender serlo solo para complacerlo, hice demasiadas concesiones con el disfraz y no dejaría que lo arruinara con unos zapatos tan burdos.

No le gustó cuando se los devolví a la dependienta que nos miró con indecisión y luego me trajo lo que le pedí.

—*Arruinarás el disfraz. Además, eres muy pequeña para mí, y con esas plataformas por delante podré cogerte*

mejor —apuntó malhumorado, con la boca torcida en un gesto que afeó sus facciones.

No dije nada, no hubo necesidad de rebatir su argumento gracias a que la dependienta, con una gran sonrisa, me acercó los tacones que sí quería ponerme.

Me vi en el espejo por última vez. Todo parecía en orden, estaba perfecta con la diadema con el halo sobre mi cabeza, no obstante… Mis ojos se fueron hacia la peluca rubia que José me llevó al día siguiente.

—Si quieres ser un jodido angelito dulce y celestial, debes ser rubia, no una ardiente pelirroja que todos quieren follar —gruñó y casi me avienta la peluca.

Me molesté con él, pero ni siquiera me dio tiempo para decir una sola palabra ya que se fue a su coche y me dejó plantada frente a la casa, con la peluca rubia, larga y ondulada en la mano.

Lo dejé ir porque no pude hacer más, aunque ganas no me faltaron. La ira se hizo con mi piel que enrojeció y me costó relajar el entrecejo.

Su trato jamás fue demasiado dulce, tenía sus detalles como comprarme rosas rojas, regalarme mil cosas, y sí, tenía un temple complicado, un carácter difícil, no obstante, hasta hacía unos días, no trató de manipularme, de imponerse. Quizá no quise ver las primeras señales, como cuando me jaló la ropa para que mostrase más las tetas, para que mi escote enseñase más, o cuando me amasó el culo frente a todos en un restaurante al que me llevó, o cuando me insistió para comprarme los zapatos con tremendo tacón. No vi esas señales porque, fuera de esos instantes, su trato era normal. No alzó la voz, no me hirió con sus palabras, no me trató mal en absoluto. Ese no era el José que conocía. Por si fuera poco, un mensaje llegó a mi móvil, era de uno de sus amigos.

«Yo no te haría eso, preciosa Dalia. Deberías de saber lo que hace tu novio cuando no lo ves.
Y ya sabes, si necesitas alguien con quien hablar, un hombro en el que llorar, puedes llamarme para que nos veamos. Yo no soy como José. Yo sí sé valorar a una chica tan bonita y dulce como tú».

Las mejillas me quemaron al leer el mensaje y una extraña aprensión se anidó en mi pecho. Sin pensarlo y tras unos minutos en los que admiré el estúpido mensaje de su amigo, regresé a casa para dejar la maldita peluca, volví afuera, saqué mi coche y fui tras él, a su departamento.

Todo para encontrarlo en la cama, con Marcela cabalgándolo. José me dio la llave días atrás con la esperanza de que llegase una noche y así hacer el «amor» cuando me animase.

El estómago se me cerró cuando los rumores de los gemidos de ambos resonaron en su departamento ubicado en uno de los mejores edificios de la ciudad. Había ropa tirada por todos lados, unas bragas rojas pequeñísimas fueron el último indicio de lo ocurrido antes de acercarme a la habitación, donde vi todo en primer plano.

José estaba apretando el culo pequeño de Marcela, que brincaba con descaro sobre su mástil erguido que entraba sin dificultad en su cuerpo.

Paralizada, los miré. No, no era la primera vez que lo hacían, la familiaridad de su tacto, la forma en la que la abofeteó y a ella le gustó, la manera en la que luego le apretó su pecho con las manos para después levantarla y decirle que se pusiera en cuatro… No, esa no era una primera vez.

Cuando Marcela se quitó para girar, ambos me vieron.

Como si alguien me azotara la cara con un tempano de hielo, me giré y salí a trompicones de la habitación, en busca de la salida, pese a que me desorienté y la falta de aire me hizo tambalearme y pegar mi cuerpo a la pared.

No supe si caminé muy despacio, me arrastré por el departamento del que creí que era mi novio, o qué sucedió, pero José me alcanzó antes de salir. Iba solo vestido con un pantalón.

Me jaló del brazo y trató de forzarme para que lo escuchara. No lo vi, no pude enfocarme en sus ojos de caramelo, en su barbilla cubierta por la espesa barba negra, en su lugar, mis ojos se fijaron en

el chupetón que coloreaba su cuello y los que bajaban a sus pectorales.

Lo oí, no obstante, sus palabras revotaron en mi cabeza encerrada en la espeluznante escena que presencié.

—Déjame —fue lo único que dije y me zafé de su agarre.

Me alejé antes de que me volviese a tomar, esa vez, con más fuerza, con pasos seguros y rápidos.

—Es tu maldita culpa por no darme lo que necesito, por ser tan frígida para no querer que te folle. Joder, si me dejarás hacerme con tu cuerpo, si tan solo te abrieras de piernas… —gritó con desesperación, pero ya me estaba alejando tan deprisa como mis pies se movieron.

Solo… lo dejé y no miré atrás.

CAPÍTULO 6

COGÍ UN ABRIGO en el que puse lo necesario para después de la fiesta.

Iría sola, así que me preparé para volver a casa de la misma manera. Lo cierto es que no tenía muchas ganas de ir, hubiese preferido quedarme en casa, ver una mala película de terror, pedirle a Nía que me hiciera algo para picar y encerrarme por un rato, pero la rebeldía juvenil brotó en mi cuerpo.

No había pasado ni siquiera una semana desde que encontré a José con Marcela y por supuesto que iba a ir a esa suntuosa fiesta y usaría una de las malditas habitaciones que destinaron para que parejitas en celos las utilizaran como mejor les conviniera.

No planeé enrollarme con nadie, no le vi el caso. No tendría mi primera vez con uno de mis conocidos, no había ni uno solo que me inspirara deseo y confianza al mismo tiempo, y hacerlo con un desconocido estaba descartado.

Solo quería molestar a José, pavonearme frente a él con el conjunto que no me quitaría y quizá tontear un momento con alguien más, hacer que valiese la pena usar un disfraz provocativo, luego volver a casa y hablar con Matt antes de dormir, o quizá soñar con él, con un hombre al que le podía confiar mi vida, incluso si no estaba interesado.

¿Cuántas veces soñé con convertirme en su mujer? Demasiadas para contarlas. Al menos, y sin que sirviera de precedente, mi enamoramiento pueril sirvió para contrarrestar el agravio que José hizo en mi contra. De haber estado tan enamorada de mi exnovio como lo estaba de Matt, hubiese caído en una profunda depresión.

Estudié el maquillaje que hice con el que resalté el color casi verde de mis ojos con una sombra morada. Mis labios con un tono idéntico al de mi boca, y mis mejillas al natural. No supe si mi apariencia era la de un angelito celestial o la de un ángel caído, después de todo, José tenía razón, con mi cabello era difícil descifrar si era una «chica buena» o, por el contrario, era una «chica mala».

Gemí frustrada. El maldito se metió en mi cabeza. No quería que sus palabras rondaran en mi mente. Quería ser yo, así que cogí la peluca rubia y la arrojé al cesto de la basura.

—¡Vete al diablo, José!

Resuelta a disfrutar de mi noche, salí de la habitación con un contoneo mortal de caderas, caminé con confianza, con el abrigo en la mano, sin cubrirme porque no pensaba arruinar mis preciosas alas y claro que las llevaría puestas, de lo contrario, sería complicado colocarlas sin ayuda. Las alas eran preciosas y muy pesadas, Nía tuvo que venir en mi auxilio minutos atrás para subirlas sobre mis hombros.

Bajé las escaleras y lo vi.

Matt… Estaba sentado en la sala principal, vestido con elegancia, casual, con un jersey de punto, azul oscuro, pese a que debajo llevaba una camisa blanca que resaltaba con el cuello y los puños bien ajustados a su anatomía. Los vaqueros oscuros y las botas negras completaban su atuendo.

Saldría. De eso no me quedó la menor duda y, por supuesto, no lo haría conmigo.

Tomé aire por la boca y me pasé la extraña sensación que me acogió.

—¿Saldrás? —pregunté cuando estuve cerca y el repiqueteo de mis tacones resonó en la mansión casi vacía porque, del personal de servicio, solo quedaba Nía, aunque pronto también volvería a su casa.

Se giró con pereza para verme, sin embargo, cuando sus ojos se enfocaron en mí, se entornaron y su expresión antes neutra se modificó por completo. Su ceño se frunció y sus ojos me repasaron con tanta prisa, que me mareó.

Sonreí al ver su semblante rígido y casi me rio, no porque su expresión fuese dulce, por el contrario, su molestia fue tangible y me sentí feliz por, al menos, hacerlo sentir una décima parte de lo que él me provocaba.

—¿Qué haces vestida así, Daly? —inquirió con la mandíbula apretada.

Me paré a unos metros de donde estaba, con las manos en jarra sobre la cintura.

—¿A ti qué te parece que hago vestida así? —repliqué con burla—. Además, ¿qué no te han dicho que es de mala educación responder con otra pregunta?

Sus dientes rechinaron y su nariz se arrugó de un lado, un gesto muy peculiar que me hizo sonreír más grande.

Bajé las manos y me acerqué para darle un beso en la frente y alejarme antes de que viese mis tetas en primer plano.

—Relájate, solo voy a la fiesta.

—¿Cuál fiesta? —bramó más tenso, al punto de que las venas en sus sienes se resaltaron y palpitaron.

Enrosqué los brazos bajo mis pechos, arrugando la chaqueta que llevaba sobre el antebrazo y me sirvió para cubrirme un poco.

—Te lo dije esta mañana. Es la fiesta de Halloween. Es en casa de Sinclair. ¿Sabes quién es? Su hermano mayor también fue tu compañero, así que debes conocer dónde es. —Sacudí la cabeza al entender que estaba hablando de más—. El caso es que voy a ir, aunque sea sola. No me pienso perder la fiesta del año, ¿sabes? —apunté risueña, porque ver su gesto impertérrito transformado recargó mi energía.

Sus manos se empuñaron y temí que fuese a quebrar el móvil que pareció más pequeño de lo que era.

—No, de ninguna forma vas a ir donde los Sinclair, sabes que sus fiestas siempre terminan con personas copulando por todas partes. No, no irás y menos así vestida —refutó con hosquedad.

¿Copular?, ¿quién decía esa palabra en pleno Siglo XXI?

Negué y mi sonrisa se desdibujó.

—No me voy a cambiar porque tu instinto sobreprotector salga a flote, Matt. Es cierto que mi disfraz es un poco revelador con respecto a lo que siempre uso, pero…

—¿Un poco? —chistó con furia.

Cerré la boca y lo miré por un segundo.

—Voy a ir y disfrutaré la noche, Matt. Te guste o no.

—No, no irás —repitió con necedad.

Resoplé y alargué el cuello.

—Sabes que te pude ver las tetas cuando te agachaste, que te veo las piernas y estoy seguro de que esa mierda de faldita no cubre tu precioso culo —siseó con dureza, con esa voz susurrada vibrante y oscura que me calentó hasta la médula y me hizo bajar la cabeza para verlo.

Su gesto intimidante me sorprendió. Retrocedí sin darme cuenta, algo que le hizo volver a la realidad. Sacudió la cabeza y cerró los ojos por un segundo, para después, sin previo aviso, levantarse

del sofá y coger sus cosas con rapidez.

—Haz lo que quieras, Daly, eres grande para que te diga cómo vestirte, ¿verdad? —pulló sin molestarse en verme, solo metió las llaves de su coche al pantalón y se giró para irse.

Me quedé plantada en medio de la sala. Admiré su espalda grande que se alejó con prisa de mí.

Confundida por sus últimas palabras, aguardé hasta que dio un portazo y mis piernas se debilitaron.

¿Qué diablos fue todo eso?

CAPÍTULO 7

LA MÚSICA TRONÓ EN LOS ALTAVOCES, los cuerpos se movieron con el vibrato de las notas que refulgían en sus mentes y los hacía brincar, agitarse y pegarse a su pareja.

Las luces estroboscópicas me tenían con la cabeza embotada, eso y el trago de tequila que me ofreció Sinclair en cuanto llegué. Por suerte, no se me pudo pegar y su pareja lo llamó para solicitar su atención.

¡Qué bueno que tenía novia!

Dudé que estuviese feliz luego de que su chico la dejó para ir a hablar conmigo y ofrecerme el trago hasta hartarme para que lo probara.

Como solo iba a ser uno, le concedí la petición y me bebí el tequila de un solo sorbo. ¡Grave error! No debí tragarlo de esa manera, pero como me lo quería quitar de encima, no titubeé y me lo pasé como si tuviese experiencia ingiriendo alcohol.

No, no era de las chicas modernas que fuman y beben con tranquilidad, de hecho, el olor a cigarro me abrumaba y al alcohol no le encontraba el gusto. Mi estómago también renegó cuando el golpe del trago me dio una bofetada.

Sola, caminé entre el mar de personas para encontrar las botellas de agua y me quedé hablando con una chica que estaba vestida también de angelito, una chica de otro curso que me reconoció a pesar de que yo no sabía quién era.

Thaly, como me dijo que se llamaba, se quedó conmigo hasta que su grupo de amigos llegó y se fue para la pista de baile.

La mansión Sinclair era una enorme casa con un recibidor gigante que se podía agrandar cuando se abría el salón para así dejar paso para que los invitados fueran de una sala a otra y disfrutaran de su suntuosidad. Además, tanto el recibidor como el salón principal tenían balcón interno, dándole así un toque antiguo a sus «veladas». Por supuesto, los hermanos lo organizaron todo para que pareciera más una discoteca con motel incluido, porque en eso se convirtió el segundo piso, donde había, al menos, más de cinco habitaciones con facilidad.

Por unos minutos, me quedé sola.

Las miradas de conocidos y desconocidos me siguieron, también había quien murmuró al verme pasar. Nada que no hubiese vivido antes.

Cuando menos sentí, tenía a un chico al lado, tratando de coquetear. Iba vestido del Zorro. No lo reconocí, no por la máscara de su disfraz, sino porque no tenía registrada su cara en mi base de datos mental. Sonreí y traté de ser gentil, pero nada ayudó. Se me pegó como goma de mascar en el zapato y tuve que decirle que iría al tocador para liberarme de su cercanía.

No, no entendió cuando me alejé con cada paso que dio, tampoco cuando traté de sonreírle y le dije que seguro sus amigos lo estarían buscando. Se hizo el desentendido y, al creer que regresaría, me dejó ir al baño.

Rodeé la pista de baile y sentí que alguien me miraba, que me estaban observando con fijeza. La sensación quemó mi piel. Las luces coloridas me molestaron los ojos y traté de huir de la mirada que

me persiguió, aunque el ardor fue… diferente.

Caminé al lado de una pareja y la intensidad de la mirada se hizo con mi cabeza. Inquieta, oteé hacia todos lados para ver de dónde provenía tanta insistencia.

Había un chico en el segundo piso observándome, más en específico, a mi escote, con el que se relamió, pero no era sus ojos los que sentí. Tragué con dificultad y seguí con la inspección, más perturbada que antes, pese a que fue diferente, algo en mi sistema se encendió, como si me estuviese preparando para lo que vendría.

Giré cuando mis pulsaciones se desembocaron al percibir más cerca la inquietante mirada que me recorrió y me sacó de mis cabales.

Y lo encontré. Era un hombre altísimo, pegado a uno de los pilares del salón, observándome con fijación. Llevaba una máscara de calavera que abarcaba hasta su nariz, sobre un pasamontaña negro que cubría su cabeza por completo y solo dejaba ver sus ojos inquietantemente claros. Su cuerpo era grueso, doble, con músculos magros que se notaron en su camisa negra que se ciñó a sus potentes pectorales, a su torso cincelado, a sus brazos grandes y definidos.

Mi respiración se volvió más pesada cuando nuestros ojos conectaron y no supe de qué color eran sus iris tan claros, porque las luces estroboscópicas confundieron su tono.

Me robó el aliento con la intensidad de su mirada, con la forma en la que me repasó. Sus párpados se entrecerraron y sus pupilas oscuras me devoraron con una clase de sentimiento pernicioso que no pude descifrar.

Se me secaron los labios, la humedad bajó por mi cuerpo y un cosquilleo incitante mortificó mi sexo y pezones.

Un chico me empujó sin fijarse y salí del trance cuando tuve que poner todo mi esfuerzo en no caerme.

—Perdón —murmuró el chico y siguió su camino.

Asustada con lo que sentí, con la crudeza de mi reacción, caminé directo hacia los baños, esa vez, con la intensión de refrescarme, porque ya no solo estaba huyendo del Zorro, sino de la misma muerte encarnada en un sexy hombre de mirada sombría.

Por suerte, no había mucha fila en el baño que escogí y pude refrescarme el cuello y lavarme las manos sin problema.

El maquillaje seguía intacto, no obstante, de las braguitas no podía decir lo mismo.

Me sequé las manos y el cuello con toallas de papel y suspiré, agobiada.

No quería irme, no podía, todavía no me habían visto las suficientes personas, y todo el rato me la pasé pegada a las paredes. No iba a quedar bien parada si todos creían que lo que pasó con José y Marcela me destruyó, no quería que sintieran pena por mí, mucho menos que ese idiota se regocijara con mi sufrimiento. Por estúpido que fuese, quería demostrar que su engaño no caló en mi alma, que era más que lo que me gritó.

Jadeante, repasé mi reflejo en el espejo y acomodé el corpiño para mostrar un poco más las tetas.

Si querían ver a alguien en su apogeo, si querían disfrutar de la sensualidad de una pelirroja, se los daría.

Inhalé profundo y salí del baño, revitalizada.

Al no llevar nada en las manos después de dejar el abrigo con mis cosas en el lugar designado, pude desplazarme hasta la barra al apartar a algunos y pedí otro tequila.

No planeaba emborracharme, mucho menos hacer mezcla de bebidas, por eso pedí lo mismo. Pretendía soltarme, hacer que mi cuerpo se relajara.

Con el trago en la mano, me bebí el contenido en un solo sorbo. Hasta la chica que atendía la

barra me miró con gracia cuando se me arrugó el gesto y sacudí la cabeza, haciendo que el halo sobre mi crisma se tambaleara.

—¿Otro más, cariño? —preguntó con curiosidad y un poco de humor.

Negué y le agradecí por la bebida.

Me giré con decisión y caminé directo a la pista con el objetivo de mover las caderas.

Dejaría que la música me guiara, que sacara de mi mente todas las preocupaciones y me ayudara a aligerar el peso sobre mis hombros.

Cuando alcancé un buen lugar, cerca del DJ, la música cambió y el ritmo, junto con el alcohol, diluyeron mi cerebro para hacerme agitar el cuerpo y mis caderas se movieron con vida propia. Una chica menuda, disfrazada de colegiala, me tomó de la cintura y comenzamos a bailar con soltura, sin siquiera conocernos.

No tenía idea de quién era, pero tampoco me importó. Nos meneamos con la cadencia de la música y sonreí cuando sus manos perfilaron mi silueta. Las mías se fueron a sus hombros y me moví a su alrededor, restregándome con su cuerpo un poco más alto que el mío y con menos curvas, pese a que era preciosa de cualquier manera.

Una mano masculina tocó el borde de mi falda y ella la quitó antes de que me diese cuenta de sus intenciones. Me guiñó el ojo e hice lo propio cuando un hombre trató de jalarla para bailar con ella tras rechazarlo.

Estábamos apretadas, mis alas nos daban cierto espacio, pero no el suficiente para salvarme de los intentos de otras personas de manosear lo que no debían.

El calor subió, la miré divertida y agradecida, ella me devolvió el gesto y seguimos bailando durante un rato, hasta que se detuvo cuando un chico se puso a un lado y, sin decir ni una sola palabra, se la llevó tras un breve intercambio de sonrisas.

Suspiré nerviosa porque gracias a ella pude tranquilizarme y me dejé llevar por la música que tronó incluso en el suelo.

Giré para ver si había otra mujer interesada en quitar de en medio a los hombres, para mi sorpresa, no hallé más que parejas.

La sensación de estar siendo observada volvió con más fuerza, pero esa vez no lo busqué, sabía que solo alguien en toda la fiesta podía ocasionarme tal turbación, así que me metí más en la masa de cuerpos hasta quedarme casi en medio y bailar sola. Al principio me costó, no era tan desinhibida y tampoco podía hacerlo como lo muestran en las películas, tuve que cerrar los párpados y fingir que estaba sola en mi cuarto para moverme y bailar con tranquilidad.

Un chico trató de tomar mi cintura, sin embargo, al abrir los ojos negué y solo se fue.

Así sí me gustaba.

Sonreí y me moví con más agilidad, salté un poco cuando otros lo hicieron y levanté las manos al mismo tiempo, disfrutando del calor, del suave sudor que perló mi piel, que me hizo sentir viva por un instante, hasta que una mano me jaló del hombro y casi caigo al piso.

José me cogió de la espalda para que no me rompiese el tobillo, como mínimo. Al verlo, me aparté con prisa. Sus labios se movieron, sin embargo, la música estaba tan alta, que no entendí lo que dijo. Me zafé de su agarre para meterme, otra vez, en medio de los cuerpos en movimiento para salir y alejarme de mi exnovio que me siguió y trató de cogerme del brazo a cada momento.

Me alejé con urgencia, cada vez más apurada, sin quitarme la sensación de estar siendo observada por el hombre con la máscara de calavera.

El pulso se me elevó, el pecho se me estrujó y ya no supe por quién de los dos estaba tan conflictuada.

Cuando llegué a las puertas del salón, casi al borde de las escaleras, donde las personas hablaban y se movían menos, seguí mi camino hacia otro tocador, el que sabía que estaba por un pasillo al lado de las escaleras, un pasillo más íntimo que impediría que José me viese si lograba esconderme como tenía planeado.

Le llevaba ventaja, no quise ver atrás, pero mi andar fue mucho más rápido que el suyo, en especial porque sí sabía a dónde iba.

Su mano me jaló antes de que me pudiese adentrarme al tocador.

—Dalia, tenemos que hablar —gritó y me giró con brusquedad, incrustando sus duros dedos en mi hombro.

Gemí de dolor y tomé su mano para quitármela de encima, sin resultado alguno, hasta que me llevó contra la pared y me arrinconó contra esta.

—Suéltame, José. No tengo nada que decirte y mucho menos quiero escucharte —gruñí molesta porque arruinó mi salida al mundo libre, uno en el que solo fui yo por un instante.

—¡Estás loca! Sí, tenemos que hablar y lo haremos ahora, así que… —Sus ojos se encendieron cuando me repasó y se relamió al ver mis pechos casi expuestos que lo hicieron gemir de placer. Su otra mano tomó la mía y me jaloneó para que lo siguiera a los baños.

Temblé al verme en una situación desventajosa que rápidamente se tornó oscura. Lo sabía, esa mirada habló de sus verdaderas intenciones y me espanté al pensar en lo que quería hacer al arrastrarme al baño.

No había nadie cerca y, aunque traté de hacer palanca con mi peso para que no me arrastrara, me empujó de la espalda con la otra mano y sus dedos largos acariciaron mi vientre con apetito.

—¡Suéltame! —grité desesperada, pero mi voz murió con la atronadora música.

Hiperventilé cuando su cuerpo más grande y fuerte creó una sombra lóbrega cuando me estampó a la pared y me estrechó contra esta. Sus ojos me repasaron con ira y ardor. Y, antes de que me sofocara con mi propio aire, alguien apartó a José de mi lado y lo empujó contra la pared contraria a la que me estaba aferrando.

Casi lloro de alivio cuando sus dedos dejaron mi piel. La indefensión y el desagrado me paralizaron y estaba casi segura de que no podría hacer nada para salvarme de las garras de mi exnovio, de su mirada de loco que no adjuró nada bueno.

—¿No oíste a la dama? —rugió el hombre que cogió a José y lo puso contra la pared.

Giré, un poco mareada por la agitación de esos segundos y lo vi. Era el tipo con la máscara de calavera. Le sacaba más de unos cinco centímetros a José y de ancho ni se diga. Lo tomó del cuello con el antebrazo y lo dejó quieto, aun cuando la sabandija de mi exnovio se revolvió y lo miró con desafío.

—¿Quién cojones eres tú? —vociferó y trató de quitar el antebrazo de su oponente con irritación y desesperación, porque este le apretó la tráquea—. Si piensas que vas a lograr algo con la pelirroja, deberías tomar asiento, porque es una frígida de mierda, una calienta pollas que no sabe cómo mover las tetas y el culo para su macho.

Me adherí a la pared al escucharlo, los ojos se me abrieron y la sangre me hirvió dentro del cuerpo, la furia me subió por la cabeza, pero antes de que el humo me saliera por las orejas, en un segundo, el puño del desconocido se alzó y se estrelló contra el pómulo de José. Su cabeza revotó con la pared y sus ojos se desorbitaron al abrir los párpados, a punto del desmayo.

Di un gritito y asustada me tapé la boca. Soltó a José que se deslizó hasta el suelo, jadeante, y tembloroso, maltrecho con un solo golpe del hombre de la máscara de calavera que si irguió al verlo en el suelo y me pareció un gigante en comparación con todo lo que tenía alrededor.

Tragué saliva y me relamí los labios.

José se levantó a trompicones, más agachado que erguido, sosteniéndose el pómulo como si se le fuese a caer.

—¡No sabes con quién putas te has metido, idiota! —graznó encolerizado, y se tambaleó para tratar de mirar a su contrincante.

—Lárgate de aquí, mierdecilla, si no quieres que te muela a palos solo para callar tu pútrida voz —siseó el chico de negro.

El vello se me crispó con su tono de voz oscuro que acarició mis tímpanos y me tensó más que ninguno otro lo hizo.

José me buscó con la mirada para que saliera en su defensa y cuando el tipo se movió para quitarlo de mi campo de visión, bufó y se levantó del todo.

—Quédate con esa puta, al final, las vírgenes no sirven para una jodida mierda —refunfuñó y, pegándose a la pared, se fue cojeando y quejándose de dolor.

Un gruñido de advertencia salió del enmascarado y sus dedos tronaron cuando José se giró para buscarme otra vez tras su espalda.

Vacilé y temblé cuando al fin pude respirar más serena y una carga extraña se esfumó de mis hombros y lo entendí. No le temí al hombre de negro, le tuve pavor a José, porque supe que lo que quería hacerme no era nada bueno, aun cuando no fue más específico en sus empeños, lo supe por cómo me tocó, por su mirada asquerosa y lasciva.

Un gemido entrecortado salió de mis labios y mis ojos bajaron al suelo al entender lo cerca que estuve del peligro.

Mis ojos se fijaron en sus pesadas botas que apuntaron en mi dirección.

—Respira —susurró con gentileza y sus manos me encerraron al ponerse al lado de mis hombros, sin tocarme, pese a que su calor me abrumó, no de forma inadecuada, al contrario.

Inhalé profundo, guiada por su voz que me dijo qué hacer.

—Así, exhala todo el aire, despacio. Serena tu mente, ya no está aquí, ¿bien? —musitó con amabilidad, con una clase de poder sobre mi cuerpo que me asombró y me hizo alzar los ojos para descubrir los suyos.

Tragué saliva y me relamí los labios al distinguir el celeste en sus iris, pese a que la oscuridad del pasillo me hizo verlos con menos intensidad de la que debían tener.

—¿Estás bien? —inquirió con consideración cuando pude volver a respirar con normalidad, cuando me vio más recompuesta.

Sus ojos se fueron a un mechón pelirrojo que se me pegó a la cara y me lo apartó con suavidad, sin perderse la manera en la que me tocó el pómulo al ponerlo tras mi oreja.

Mi cuerpo se activó de inmediato y su aroma a limpio colmó mis fosas nasales, así como mis ojos se quedaron fijos en los suyos, en su forma de verme.

Me mordí el carrillo para no hacer la pregunta que picó en la punta de mi lengua.

—¿Mejor? —consultó con fijeza, volviendo a enredarse con mi mirada.

Asentí sin poder decir mucho y cuando se iba a erguir por completo para dejarme sola, tomé su muñeca y negué con la cabeza, presa de la excitación que burbujeó en mi vientre y me hizo querer, por una vez, seguir mis instintos femeninos que jamás dejé libres, porque temí que al alcanzar el objeto de mi deseo todo se desmoronase.

—No quiero estar sola —dije en un hilo de voz que no sé si escuchó bien.

Me observó, sus ojos me estudiaron, desde los míos bajó por mi nariz, mi boca entreabierta en la que se detuvo por un segundo, para seguir su recorrido por mi cuello, por el escote donde mis

pechos apretados pugnaban con escaparse del corpiño. Se tensó al captar mis tetas tan infladas y expuestas. Y negó con la cabeza.

—Por favor, no te vayas —rogué y tragué el nudo, porque supe justo lo que tenía que hacer—. No te conozco y quizá sea muy atrevido pedirlo, pero… ¿podrías, solo por ahora, estar conmigo? —pregunté con el alma pendiendo de la cuerda floja, porque cuando subió sus ojos a los míos, cuando sus pupilas se dilataron, entendí que no podía seguir guardándome como una flor dispuesta a abrirse en primavera.

Mi respiración se volvió más profusa, esa vez, por su cercanía, por la forma en la que su cuerpo me cubrió y protegió de las miradas inquisitivas, por la manera en la que me miró con apetito.

Me relamí y mi mano se fue a su nuca, con cuidado, como si temiese romper el momento.

—Por favor… —musité tan suave, que apenas salió sonido de mi boca.

Bramó ronco y, sin que pudiésemos detener la rueda pecaminosa que se giró en cuanto nos acercamos, nos dejamos arrastrar por la necesidad de fundir nuestros cuerpos en uno solo.

CAPÍTULO 8

JALÉ EL PASAMONTAÑA que estaba partido para que pudiese respirar y me fusioné con sus labios que apenas descubrí.

Con un gruñido profano que prendió todas mis terminaciones, se estampó contra mi boca y me besó con urgencia, como una bestia salvaje y hambrienta. Sus labios se movieron con los míos en una danza lasciva que nos hizo pegarnos al cuerpo del otro con exigencia.

Mis manos se fueron a su espalda y las suyas a mi cintura que apretó y me llevó hacia su musculoso torso en el que me sentí más pequeña, aun cuando mis pechos grandes se aplastaron contra el borde de sus pectorales y se desparramaron con obscenidad. Su fibroso cuerpo aplanó las copas del corpiño y casi se me salen los pezones cuando me llevó contra la pared y se ciñó a mi cuerpo.

Los tacones sonaron cuando choqué con la pared y las alas picaron mi espalda, pero no me importó. Sus labios, ¡oh, Dios!, sus labios eran ambrosía pura.

Sabía a alguna clase de licor, pero la menta al final era un incentivo demasiado duro para no querer rozar su lengua y enrollarla con la mía. Las cosquillas aumentaron en mi vientre y una oleada de calor líquido se hizo con mi sexo.

Gemí en medio de la vorágine en la que nos convertimos cuando nuestras manos se prensaron al cuerpo del otro, cuando arañé su espalda y nuca y las suyas ascendieron al borde de mis tetas.

Metió su lengua en mi boca y una de sus manos subió a mi nuca para controlar mi cabeza y mancillarme por completo. Me entregué sin reservas. Subí la pierna a su cadera y estaba a punto de frotarme, a punto de pedirle que me hiciera mujer y se olvidase de todo lo que oyó de José.

Gruñó como un animal salvaje, me mordió el labio con suavidad y se alejó.

El sabor de su boca quedó impregnado en la mía y sus ojos del color de un invierno nevado me observaron con avidez. Sus pupilas dilatadas refulgieron con el fuego de la pasión, abrasándome desde los cimientos, provocando un socavón caliente que hizo palpitar mi sexo.

Jadeé, me sofoqué ante su mirada, ante la forma en la que me acorraló contra la pared minutos atrás para hacerse con mis labios y asesinar mi voz.

Sin que pudiese decir nada, su mano en mi nuca bajó a la mía en un roce electrizante que retuvo mi respiración e hizo que mis ojos se nublaran ante la sensación. Entrelazó nuestros dedos y, sin que me atreviese a contradecirlo, me arrastró hasta el piso superior.

Gimoteé y mis ojos repasaron su fuerte espalda. Mi corazón se alteró, cada latido punzó contra mis costillas, inhalé su aroma que tenía metido en la nariz, la punta de mis pezones hormigueó, mi sexo se caló por completo y lo seguí sin importar nada, sin interesarme lo que acarraría nuestra decisión, porque estaba dispuesta a apagar cualquier reprimenda que mi subconsciente pudiese emitir.

CAPÍTULO 9

SIEMPRE PENSÉ QUE LAS FLORES NO FLORECÍAN EN PRIMAVERA, que el frío invierno marchitaba todo a su paso, que la gélida mirada podría apagar cualquier llama, no obstante, estaba muy equivocada.

La música se disipó a medida que subimos las escaleras y sorteamos a las parejitas que bajaban o subían. Las luces estroboscópicas me hipnotizaron cuando iluminaron su masculina espalda y crearon sombras alrededor de sus músculos que me arrebataron el aliento.

Era tan grande, tan fuerte. Jamás lo hubiese pensado, nunca creí que…

Cada latido de mi corazón repercutió en mi cuerpo que ardió en deseo, que punzó en mis partes más sensibles y humectó el candor de mi piel. Su tacto quemó en mi mano y cuando se giró para verme, a punto de alcanzar la cima, el mundo dejó de existir y me concentré en el invierno de sus ojos, en su mirada que incendió mi centro.

Mi boca se abrió para llamarlo, pero mis labios perdieron la capacidad de moverse.

Lo seguí sin pensar, confiada y completamente hechizada. Me llevó hacia las habitaciones, con su mano grande y fuerte envolviendo la mía, con nuestros dedos entrelazados, pese a que no ejerció ninguna clase de fuerza para llevarme hacia donde ambos queríamos ir.

Si lo hubiese deseado, me habría soltado y me hubiese ido sin decir ni una sola palabra, sin que él me obligase a nada. Y ese simple hecho, me agitó hasta los cimientos.

Las habitaciones estaban cerradas, exceptuando una, cuya puerta abierta invitaba a quien quisiera ocuparla.

Se giró una vez más y me miró con duda, con el fuego azul marcado en sus pupilas dilatadas que me trasmitieron mil emociones que no estaba segura de querer descifrar.

Decidida, me aferré a su mano y, esa vez, fui yo quien lo arrastró hacia el interior, sin apartar los ojos de los suyos que se ensombrecieron cuando lo atraje a mi cuerpo.

Cerró la puerta a su espalda y le puso llave.

—Deberías descansar —apuntó con la voz grave y el torso rígido.

Su respiración se descompasó y sus ojos trataron de no bajar a mi escote, de no admirar mi disfraz atrevido de angelito.

Sonreí y negué.

—No pretendo descansar, quiero hacerlo…

Se tensó desde la punta de los pies y su cuerpo se agrandó con mis palabras, contenido, pese a que su gesto destiló deseo y erotismo.

Sin esperar a que pensara las consecuencias de nuestros actos, antes de que se dejase llevar por su moral que le pediría hacer lo correcto, en puntas, con las manos detrás de su nuca, me impulsé para buscar su boca. Lo miré por un segundo en el que el tiempo se detuvo. Arrastré una de mis manos por su mejilla y bajé el pasamontaña. El calor se expandió por mi cuerpo. Su boca masculina me indujo y, sin que me detuviese, corté el espacio entre nuestros labios, cerré los ojos y lo besé.

Lo besé con delicadeza, con ternura. Moví mis labios sobre los suyos en una danza dulce en la

que probé su sabor, en la que me deleité con su textura y gemí ante el picor que incitó en mi centro.

Estaba rígido, templado como un tempano, hasta que dio un paso adelante y mis pechos se aplastaron en su torso. Un gemido ronco brotó de su garganta y la bestia que tenía en su interior salió a flote para tomar el control.

En un rápido movimiento tomó el mando. Sus manos se fueron a mi cintura para pegarme a su torso, sus labios acentuaron el beso y me abrió la boca para jugar con mi lengua.

La electricidad colmó mis nervios. Me tambaleé, los tacones repiquetearon, pero no me interesó. Me fundí en sus vigorosos músculos, anhelé adentrarme en su piel como él lo estaba haciendo en la mía.

Gruñó y me mordió el labio. Su beso se convirtió en energía pura que calentó mi sangre, que me hizo gemir y restregarme contra los montes y valles de su sólido torso. La humedad bañó las braguitas y la estática cubrió mi piel, espoleando mis pezones con el roce constante de sus pectorales sobre mis perlas que se acercaron peligrosamente a la intemperie.

Jadeé, sofocada. Sus labios bajaron a mi barbilla cuando me costó respirar. Sus manos se deslizaron a mi trasero y me alzó la faldita para magrearme el culo con urgencia.

Me revolví, presa del incendio en mi vientre que palpitó con rabia.

Me alzó del trasero y su máscara me raspó la barbilla al besarme el cuello con fruición.

Gimoteé en agonía y enrollé las piernas y los brazos a su fuerte musculatura que me alzó como si no pesase nada.

Bramó como lobo hambriento y me llevó hasta la orilla de la cama, donde volvió a ponerme sobre el suelo y sus ojos me buscaron con incertidumbre, con exigencia y algo más que no supe precisar.

—No debería… —reconoció con hosquedad y me miró con apetito, me repasó los pechos que casi los tenía por fuera.

Gemí frustrada y negué.

No, no quería que se fuera, no quería que me dejara.

Antes de que pudiese alejarse, me quité las alitas y las tiré al suelo. Tragó saliva con dificultad y dejó de respirar cuando mis manos buscaron los broches del corpiño y, sin que sus ojos abandonasen mis curvas, me desabroché la prenda sin quitármela por completo.

—No quiero. No te vas a escapar —susurré atrevida, pese a que mi voz fue una súplica sumisa que lo hizo temblar y estremecerse en un escalofrío.

Subió las pupilas a las mías, el corpiño se deslizó de mis senos hasta caer en el suelo. Aspiró aire entre los dientes y se negó a admirar mis pechos desnudos.

—Mírame —ordené decidida a que se olvidara de todo.

Bajó la cabeza y sus ojos se desenfocaron por un segundo al ver mis tetas grandes, elevadas, suaves y esponjosas, con los pezones erguidos, rosados, las areolas tiernas, redondas y delicadas que lo hicieron relamerse.

—Deja todo tras esa puerta, ¿sí? No lo pienses, por favor —rogué y mis manos fueron al botón que cerraba la falda de tul.

Alzó el cuello y me miró desde arriba. Negó y sus manos fueron a mis muñecas para detenerme.

—¿Harás lo que quiera? —inquirió con dureza, cambiando por completo el registro de su voz que dejó de ser cortés para dominar la situación.

Tragué saliva y asentí.

—Dilo, no me basta los gestos. Dilo, Dalia, dilo, quiero escucharte, quiero oír que te vas a someter a lo que quiera —bramó con rotundidad y sus ojos se encendieron con una clase de

sentimiento intimidante que me hizo temblar.

Su cercanía quemó mi alma y me sentí más pequeña a su lado. Mis ojos se abrieron y se quedaron en el celeste gélido de sus iris, en sus pupilas dilatadas y lóbregas que escondían una oscuridad en la que me quise sumergir.

Tragué saliva e inspiré hondo para coger valor.

—Yo… yo quiero… quiero que… me hagas lo que desees. Ti-tienes mi permiso para… —aspiré aire y cerré los párpados, mareada con todas las sensaciones que se arremolinaron en mi pecho.

Una de sus manos soltó la mía y me acarició la mejilla con el dorso, con suavidad y afecto, pese a que su mirada se oscureció hasta eclipsar el celeste de sus iris.

Temblé de excitación y mis muslos se apretaron para sosegar las cosquillas en mi feminidad.

—Dilo, quiero que me digas que serás mía —rugió y me alzó la cara para que no pudiese apartar la mirada de la suya.

Un rayo impactó en mi columna y me sujeté a su camisa para no caer en un abismo profundo.

Lo miré fijo y asentí.

—¡Hazlo! —gritó con la voz apretada.

—Seré… —sacudí la cabeza—. Soy tuya, Matt —admití con la voz en un hilo.

Me perdí en sus ojos que se entornaron y me devoraron cuando dije su nombre, cuando lo reconocí como mi dueño y señor, porque acababa de darle mi consentimiento para que me hiciera todo lo que quisiera, todo lo que siempre quiso hacer, todo lo que imaginó —quizá— desde que me vio desnuda en el baño, o antes, ya no sabía, y no importó, porque sus ojos me llevarían al infierno, me quemaría con el calor de su boca, con las llamas que desprendían su cuerpo. Moriría de placer cuando me convirtiera en su mujer, solo suya, como siempre tuvo que ser.

CAPÍTULO 10

—¡MIERDA! —maldijo y se arrancó la máscara con el pasamontañas en un segundo, para el siguiente cogerme de la nuca y lanzarse a mi boca que devoró con deleite y apremio.

Enrollé las manos detrás de su espalda y me paré sobre la punta de mis pies para abalanzarme a sus labios que mancillaron los míos y calcinaron mis neuronas.

Nuestras bocas se movieron en una danza salvaje y pecaminosa que nos robó el aliento. Su cuerpo se pegó al mío y me restregó los pechos como una bestia deseosa de aparearse con la necesitada hembra en celo.

Sus manos bajaron por mi espalda, rozó mi columna vertebral con el dorso, enviando un espasmo directo a mi vagina. Creó un maremoto al llegar al tul de la falda y luego la alzó para magrearme el culo con voracidad, al punto de que metió las braguitas entre mis cachas. Me apretó con las palmas extendidas, me marcó con sus dedos y movió mi cadera para que lo sintiera, para que apreciara su longitud y vigorosidad.

Gemí y lloriqueé, embriagada con sus encantos, con la forma en la que me demostró lo que le inspiraba mi cercanía.

Mordisqueó mi labio y se alejó con un jadeo masculino que hizo temblar mis rodillas.

—¡Joder, Daly, no sabes cuánto me he contenido día, tarde y noche para no follarte! —exclamó con tensión, con la respiración hinchando sus fosas nasales, como todo un toro preparado para embestir a la presa.

Sollocé, deliré con el fuego en su mirada y me froté con perturbación contra su cuerpo, ansiosa por tenerlo dentro, por sentir su invasión, por rodearlo y hacer que nos compenetráramos en uno solo.

—¡Por favor, Matt, hazlo! Solo te pido que no me vuelvas a soltar —clamé desesperada cuando sus dedos se deslizaron entre mis mejillas traseras y friccionó mi rajita calada.

Rugió y me miró con ofuscación.

—No deberías decirme eso, Daly. No sé cuánto pueda soportar si me hablas así, si me miras de esa manera, si tiemblas ante la mínima caricia. Un angelito sin experiencia solo debería ronronear con el hombre con el que quiere estar, y no con el cretino de su hermanastro que aspira abrirla y follarla hasta correrse en su coñito apretado.

Jadeé y mi vista se difuminó cuando tocó con más dureza mi pequeña hendidura. Los colores se fusionaron con el celeste de sus iris y tuve que inhalar hondo para llevar oxígeno a mi sangre convertida en lava volcánica.

—¿Y qué si lo quiero?, ¿qué si yo te quiero a ti haciéndome todo lo que has dicho, corriéndote en mi interior para marcarme y convertirme en tu objeto de deseo? —inquirí anhelante.

Mis curvas se aplastaron contra sus músculos, mis caderas hicieron círculos pequeños, aun cuando solo tenía un pie en el suelo, ya que alcé el otro para que sus dedos llegasen más lejos y me enloqueciera con su enérgico roce.

Chistó y negó.

—Quiero ser gentil, mi angelito —musitó con gravidez, con una clase de maldición que me trastornó y casi me corro cuando movió la braguita y palpó mi centro sin restricciones.

Grité por lo bajo y Matt gruñó con poderío, reclamándome como su hembra, como algo más que su hermanita.

—No seas gentil, no me importa, solo hazlo, Matt. Me hiciste rendirme, hiciste que solo te viese a ti como mi dueño, ¿verdad?, así que no lo pienses, por favor, no me hagas sufrir al alejarte. Hazte cargo de lo que estás provocando en mí —reñí con apuro, aferrada a su cuello, sin poder verlo porque mis ojos se desenfocaron, los párpados se me entrecerraron y tirité entre sus golosas manos que sondearon mi tierno canal.

Jadeó ronco y bajó la cabeza para morderme la oreja, arrancándome un gritito.

Lo abracé, pegué la mejilla a sus pectorales, sin poder sostenerme sobre mi frágil pie, sobre el alto tacón que no ayudó en absoluto a mantenerme erguida.

Su dedo travieso recorrió mis pliegues, abrió mis labios y se deslizó hasta alcanzar mi hinchadito botón que envió un rayo eléctrico a todo mi cuerpo.

—¡Eres tan sensible, mi angelito! ¿Cómo podría maltratarte? Incluso si ahora solo eres mía y solo mía —recalcó con excitación—, no debería ser un salvaje, por mucho que me hayas tentado esta noche al bailar y coquetear con otros. Mejor dicho, lo hiciste desde que bajaste esta mañana con esa camisa que se pegó a tus tetas sin sujetador. No deberías mostrarle tus pezones a un hombre, Daly, o podría querer amamantarse de ellos con ansia —comentó jadeante.

Sollocé de placer, sus palabras acompañaron a su dedo que se metió en mi canal, solo la puntita, lo justo para abrir mi cerrado anillo y enloquecerme con su sugestivo y macabro juego.

—Y-yo… no lo hago, no me muestro ante nadie, solo es que… —gemí y mis dedos empuñaron su camisa negra, suave. La alcé sin querer y toqué su caliente y tersa piel, sobre sus músculos cincelados y durísimos.

Me mordí el labio con fuerza y me estremecí con violencia. Su dedo se metió más profundo e hizo círculos en mi interior, castigándome, corrompiendo mi mente.

Bramó con aspereza.

—¿Solo es que qué? ¿Acaso querías que tu hermano mayor te comiera las tetas?, ¿o quizá estabas pensando en dejar que te manoseara como hace tiempo no hago? ¿Sabes?, debería volver a jugar contigo, mi angelito, debería tocar tus tetas y tu culo mientras finjo querer ver algo más que tu jodido cuerpo que me vuelve loco —farfulló en una suerte de blasfemia que acarició mis tímpanos.

Enloquecí cuando sacó su dedo para restregar mis jugos por toda mi rajita, como si no estuviera calada hasta los muslos.

—Matt —gemí y temblé, aferrada a su cuerpo.

—Sí, así es, Daly, di mi nombre, porque eso es lo único que debe salir de tu boca de ahora en adelante.

Siseé y me volvió a meter el dedo, esa vez, hasta el fondo. Mi mente se desconectó por un segundo y mis paredes se ciñeron a sus falanges que rozaron cada nervio de mi interior.

—¡Joder! —maldijo por lo bajo y sacó su dedo para después volver a dejarme sobre el suelo y mirarme con determinación.

Nuestros ojos se embriagaron con el calor del otro. Me oteó con obscenidad y, sin que me lo pidiese, hechizada con el frío ártico de sus iris, me senté en la cama, sin apartar nuestras miradas.

Me mordí el labio inferior con ardor y me toqué los pechos, los apreté con las manos y me relamí cuando recorrí su escultural cuerpo desde la entrepierna, donde se alzaba una tienda de campaña, hasta su abdomen tirante y cincelado, por sus pectorales henchidos, su cuello marcado, hasta llegar a

su boca apretada y sus gélidos ojos que quemaron mi vientre.

—¡Matt! —ronroneé como gatita, y me presioné las tetas hasta que se derramaron entre mis dedos.

Sus ojos se encendieron, contempló mi expresión con hostilidad y sus manos, en un rápido y brusco movimiento, se fueron a mis muñecas para retener el movimiento.

—¡No hagas eso! —siseó entre los dientes y sonreí con dulzura.

Sus pupilas refulgieron y se cernió sobre mí, llevando mi espalda contra la cama.

—¡Matt!

Gruñó y llevó mis muñecas por encima de mi cabeza con una de sus manos para sostenerse con la otra en vertical a mi cuerpo que contempló por un segundo.

—No te muevas. Los angelitos bonitos y dulces no hacen esas cosas como mancillar sus preciosas tetas. No, los angelitos se dejan seducir por los demonios que quieren devorarlos para llevarlos al lado oscuro.

—¿Serás mi demonio? —pregunté con timidez y me mordí el carrillo para no gemir cuando bajó las caderas, me abrió de piernas para rozarse con mi sexo que lubricó su pantalón.

Rugió y aspiró profundo para sosegar su delirio.

—De cualquier manera, eres mía, Daly, así que, puedo ser tu demonio y follarte tan duro como quiera, ¿verdad? —se burló con malicia.

Sollocé. Su erección hizo contacto con mi clítoris y temblé.

—¡Sí! —accedí en un suspiro.

Sonrió con majadería y bajó para capturar mi boca en un beso lascivo y profundo, un beso en el que sus labios se movieron despacio sobre los míos, pese a que el roce fue desquiciante y nuestros cuerpos se acoplaron. Su torso aplastó mis pechos y su entrepierna buscó el epicentro de mi calor.

Moví las caderas sin poder contener la bruma que envenenó mi cuerpo y envició mi mente. Solo quería más y más; más de Matt, más de su dureza y vitalidad. Anhelé que me rompiera, que se metiera profundo en mi interior, en su lugar, bajó por mi figura para enajenarme con su boca. Me besó y mordisqueó la barbilla. Aulló al llegar a mi cuello que besó, succionó y lamió, martirizándome con sus labios que sabían dónde friccionar y humectar para hacerme perder la razón.

Gemí, me removí para torturarlo con el vaivén de mis caderas, no obstante, se alejó al escurrirse hacia abajo, dejando una estela de fuego con sus labios húmedos y calientes. Abandonó el cobijo de mis muñecas para pasar la mano a mi espalda y alzarme. Elevó mis tetas y gruñó al verlas de cerca.

Lloriqueé, mis párpados se entrecerraron, traté de ver lo que admiró con tanta pasión, pero me fue imposible concentrarme cuando sus labios volvieron al ataque para regar besos y sugilaciones por mi piel.

Descendió hasta llegar a mis tetas que descubrió blandas y redondas, con los pezones erguidos y las areolas fruncidas gracias a su trato.

Sus dedos acariciaron mi muslo y me hizo doblar una pierna para abrirme. Me tocó con sutileza, erizó mi piel hasta elevar la estática que aumentó los latidos de mi sexo.

Lloriqueé y me removí.

—¡Tan sensible! —murmuró fascinado y se acomodó mejor entre mis piernas, recostándose prácticamente sobre mi sexo y abdomen.

Sonrió, esa sonrisa que me hizo mojar su torso con mi lubricación y gemir de placer.

—No muevas las manos, mi pequeño ángel pelirrojo, quiero que las mantengas sobre tu cabeza. Me detendré si no obedeces —amenazó con severidad—. No quiero enloquecerme con tu cuerpo, pero, si me tocas, me olvidaré de que es tu primera vez y me meteré en tu apretado coño,

¿entiendes? —Alzó una ceja y lamió el borde de mi pecho.

Gemí y asentí. Me aferré a las sábanas, para no olvidar su petición, pese a que una parte mezquina de mi cerebro me instó a poner las manos sobre su espalda y cabeza a fin de palpar con los dedos el movimiento de sus músculos cuando me tomara con su boca.

Sonrió hasta mostrarme sus dientes rectos y blancos, sus ojos se oscurecieron, sus iris se volvieron dos halos resplandecientes que marcaban su lujuria, la forma en la que quería corromper mi cuerpo para doblegarme ante él.

—Sí, así me gusta. Quiero que me obedezcas, mi Daly, quiero que sepas quién está dominando a quién y te rindas a mis manos.

Gemí y temblé. Oírlo… su voz… arrulló mis tímpanos con su tono suave, persuasivo y oscuro. ¿Cómo podía maniatarme de tal manera?

Sacó la lengua con malicia y lamió mi pecho desde abajo hasta arriba. Fustigó el pezón cuando lo empapó con su saliva e hizo brillar mi pequeña perla.

Gimoteé su nombre y vibré. Sus labios se cerraron sobre mi anhelante botoncito que succionó por unos segundos con inclemencia, para después soltarme con brusquedad y enviarme a la tierra, donde me removí y me apreté contra el colchón.

Rugió con apetito voraz y se relamió como una bestia que ha probado las mieles de la carne de la gacela y sabe que pronto la devorara.

Sus ojos resplandecieron hasta robarme el aliento cuando sus labios se abocaron a mis tetas. Se reacomodó con rapidez sobre mi sexo para rozarse con cada inquietante movimiento que acompasó con sus labios para torturarme.

Gimoteé, sofocada, con las pulsaciones cada vez más rápidas, con el fuego arrastrando el sonrojo de mis mejillas.

Temblé. Se movió sobre mi cuerpo sin dejar de succionar mi pecho, sin dejar de perturbarme con su boca, que besó el borde del pezón, que lamió la areola, que succionó el canto de mi teta como si no supiera dónde encontrar el nervio que estaba conectado a mi coño para hacerlo contraerse.

Besó, lamió y mordisqueó, mientras su maliciosa mano se hizo cargo del otro pecho y lo estimuló al estrujarlo, al apretarlo con fruición, al pellizcar el pezón y atormentarme con el constante roce de su dedo, incluso cuando su boca libertina no dejaba de lamer mi otro botoncito hasta apoderarse de mi aliento.

Sonrió como el majadero que era y, sin que pudiese preverlo, se llevó el pezón a la boca para rodearlo con su lengua y lamerlo sin soltarlo de su interior, enviando mil espasmos hacia mi centro que palpitó con furia.

Jadeé, gemí y temblé con satisfacción. Respiré entre los labios, el cerebro me dejó de funcionar. Mi cuerpo se tensó en un remolino caliente que se alzó en mi vientre, mis caderas se elevaron para rozarse con su pecho que humedecí con mis jugos prohibidos.

Lloriqueé cuando la electricidad se hizo con cada parte de mi ser cuando encontró la forma de rastrillar mi vientre desde el pezón, frotando mi pequeño botoncito hasta llevarme al borde del acantilado.

El coño me pulsó, mis caderas se movieron con vida propia, mis músculos se templaron, mi pie presionó su cuerpo y casi le incrusto el tacón en la espalda.

Gimoteé estremecida, mis ojos abiertos en una pequeña rendija. No me pude enfocar en su golosa boca que siguió succionándome las ideas. Con un gruñido animal, mordió mi pezón y lo jaló para regresarme a la tierra con un trémulo grito en el que tirité y empuñé las sábanas, a punto de

alcanzar el cielo que no me dejó palpar ni con la punta de los dedos.

Caí sobre la cama con una profunda exhalación, sin poder abrir los párpados, con la mente desconectada de la realidad, apenas metiendo aire a los pulmones.

—Todavía no, Daly. Es muy pronto para que te corras —susurró y reptó sobre mi cuerpo para succionar mi cuello, marcarme con sus labios hasta alcanzar los míos y besarme con ternura.

Mis manos picaron ante el deseo de enredarse con su cabello oscuro. Quise rogarle para que se metiera en mi interior y corrompiera mi cuerpo, en su lugar, incentivé mi propio suplicio al devolverle el beso y explorar su exaltación.

Me besó con deleite, probó el sabor de mis labios, me torturó al lamer y dibujar el contorno con su diestra lengua, que pronto acarició la mía hasta rastrillar mi centro con nueva energía. Se alejó dejando un hilito de saliva que conectó nuestras bocas con impudicia, hasta que se cortó y mojó mi barbilla con extremo erotismo.

Jadeé y lo miré.

—¡Matt!

—Sí, di mi nombre, mi angelito, quiero que lo repitas hasta que llegues al orgasmo y cuando estés por quebrarte en mil pedazos. Quiero que lo digas hasta que solo recuerdes a quién le perteneces —rugió embrujado, con la mirada brillante, codiciosa.

Suspiré y asentí.

Sin que pudiese preverlo, se alejó por completo y se paró frente a mí. Me repasó con avidez, recorrió mi cuerpo con los ojos oscurecidos y se relamió al llegar a mis tetas enrojecidas por sus rudas caricias. Mis dedos se hundieron en la sábana y apreté los muslos cuando sus pupilas descubrieron que todavía tenía las braguitas hacia un lado, mostrando mi tersa vulva en su máximo esplendor.

—¡Eres tan suave y sensible, mi Daly! Provocas que mis bajos instintos aparezcan y me olvide de que soy tu hermano, de que te debo de cuidar, que debería de…

—No me interesa —corté exasperada por más, quería tenerlo sobre mí, con su peso empujando mi cuerpo. Deseé sofocar el hormigueo inquietante que dejó su calor—. No quiero que seas mi hermano, Matt, quiero que me uses como mujer —imploré sin pensar, porque tenía el cerebro hecho de gelatina y el vientre oprimido.

Solo… lo quería a él, sin importar nada más, porque en esa habitación no nos unía el matrimonio de nuestros padres, éramos solo nosotros, un hombre y una mujer que se deseaban.

Una sonrisa profana se dibujó en sus labios. Sus manos se fueron al dobladillo de la camisa y contuve la respiración cuando se la quitó. Ante mis ojos apareció la visión más lubrica de su cuerpo, medio vestido, como pocas veces lo vi. Sus músculos cincelados se marcaron cuando exhaló y aventó la prenda al suelo.

—Debería castigarte por mirarme así, Daly. Eres una chica mala, un angelito perverso. Ni siquiera te has quitado el halo de tu cabecita y ya quieres hundirte en el infierno.

Chasqueó la lengua, divertido, pero no me pude fijar en sus ojos que me escrutaron con concupiscencia, en su lugar, me aturdí cuando sus manos se fueron al botón del pantalón para abrírselo. Aspiré hondo y mis pechos se inflaron.

Ronroneó y sus pies se deshicieron de las botas pesadas que cayeron con un estruendo. No me afectó, estaba entretenida con algo más…

Tragué saliva con dificultad cuando se bajó el cierre y luego los vaqueros se deslizaron por sus muslos masculinos, gruesos y definidos. Se agachó y al erguirse me encontré con su mástil erguido, cubierto solo por su ropa interior ajustada a su grandeza.

¡Era enorme!

Dejé de respirar, mis ojos ascendieron a los suyos, con los párpados abiertos, asustada porque dudé que fuese a entrarme esa cosa gigante.

Pasó la punta de la lengua por sus labios y sus ojos saltaron a mis piernas que se apretaron ante la anticipación.

—Tranquila, mi angelito, prometo que seré benévolo con tu coñito, bueno, tanto como me dejes ser, aunque, si sigues mirándome así… —Metió aire entre sus dientes y estiró el cuello por un corto lapso, con los párpados cerrados para contener a la bestia en su interior.

Jadeé y sin que me dijera, abrí un poco las piernas, con las rodillas juntas y los tacones enganchados al filo de la cama.

Bajó la cabeza y se enfocó de nuevo en mis curvas. Puso una rodilla entre mis pies y sus manos se fueron al elástico de las braguitas para quitármelas. Alcé las piernas y gimoteé cuando el encaje se enrolló en mis gemelos y las sacó de mi cuerpo con un gruñido gutural.

Sin dejarme doblar las rodillas, puso mis tobillos sobre su pectoral derecho y me desabrochó los tacones.

—No queremos que estas bellezas se encajen en mi espalda, ¿verdad? —se burló y enrojecí al recordar que estuve a punto de hacerlo cuando me comió las tetas.

Con las medias y la faldita de tul, me abrió y se subió por completo a la cama, sostenido con sus potentes brazos.

Nuestras miradas se entrelazaron y se acomodó entre mis piernas. Su erección quedó justo donde ambos lo necesitábamos y se agachó hasta que se aplastó a mis tetas, uniendo nuestras pieles para sentir la dulce fricción de nuestros cuerpos.

—Dime, ¿qué quieres que haga, Daly? —preguntó y sacudió las caderas para martirizarme al abrirme con su dura polla.

Jadeé con la electrizante fricción y mis piernas se enrollaron en su cadera para llevarlo más profundo en mi rajita. Mi pelvis bailó con la suya.

—Haz lo que quieras, Matt —susurré a media voz, tan suave que hasta a mí me costó distinguir que era yo la que le estaba suplicando por más.

No sabía por qué se estaba tardando, estaba a punto de morir ante el anhelo de ser llenada por su monstruosa virilidad.

Sonrió y se movió con más intensidad, abarcando toda mi abertura.

—Eso no me basta, mi angelito. Quiero que me supliques para que te folle, que te deshagas en mis manos y, cuando estés tan caliente que ya no lo puedas soportar, me meteré en tu coño para tomar lo que me pertenece.

Grité y mi interior se estrujó con sus palabras tan indecentes.

Se rio por lo bajo y, sin que pudiese saber lo que haría, metió su mano entre nuestros cuerpos, apartó el tul y se bajó la ropa interior para rozarse, piel con piel, y calentar más nuestros sexos.

Gemí sin sonido, y mis ojos se entrecruzaron al tratar de captar su mirada maliciosa.

Estaba tan duro y grande que abrió mis labios y se frotó contra mi hendidura que mojó su protuberancia.

—Así, Daly, enséñame cuánto me deseas —musitó con una suavidad carnal que hizo vibrar mi cuerpo.

Se agachó y me lamió los labios, bajó por mi cuello una vez más. Se curvó para presionarse por completo contra mi coñito, y así tomar mis pechos que lamió, succionó y mancilló con su boca, maniatándome con su pasión.

El calor aumentó, el volcán estaba por hacer erupción. Mi vientre alcanzó la temperatura máxima y lava líquida salió de mi tierno canal que se cerró y abrió para Matt, pese a que insistió en friccionarse sin meterse donde más lo necesitaba.

—¡Matt! —sollocé desesperada, porque su lengua estaba provocando a mis pezones, pasando de uno al otro, mientras me tenía inmovilizada sobre la cama, solo con mis caderas moviéndose en círculos, para lograr que cada uno de mis nervios estallara de energía.

Estaba tan cerca y, a la vez, tan lejos.

Se rio profundo, sin poder sostener su pernicioso gesto y se rozó con contundencia sobre mi cavidad, tocando cada uno de mis puntos sensibles y arremetiendo contra mi pequeño e inflamado clítoris.

Empuñé la sábana, me tensé desde las puntas de los pies que dibujaron dos líneas rectas sobre sus piernas y me retorcí. El fuego en mi vientre se arremolinó con furia, mi respiración se anuló cuando la tensión se hizo con cada parte de mi ser, cuando mis pechos se hincharon y mi vientre se calentó para experimentar un salvaje orgasmo que prometía derruir cada palmo de mi piel con el sofoco del calor, con el estallido y… Se apartó de mi centro, enfriándome en un segundo.

Gemí de frustración y abrí los ojos para verlo con enojo, con el ceño fruncido. Mis manos se fueron a sus hombros y traté de jalarlo para que siguiéramos como estábamos.

Se rio con diversión y negó.

—Todavía no, mi angelito. Estás tan húmeda que casi logras convencerme, pero me parece que todavía no entiendes lo que quiero ver.

Con malicia, se volvió a poner de pie y me hizo una señal con el dedo para que me arrastrara a su lado. Me senté sobre la cama, apenas respirando por la boca, con los ojos nublados por la pasión.

Anhelante y ardiendo en deseo, me apreté los pechos y su mirada se oscureció, dejó de sonreír y su gesto se apretó.

—Ni se te ocurra volver a tocarte frente a mí, no lo tienes permitido, no quiero que te complazcas a ti misma de esa manera sin mi autorización. De ahora en más, si tienes ganas, si tu coñito se moja, si te pesan las tetas, si quieres arder y alcanzar el orgasmo, solo lo podrás hacer conmigo. Te prohíbo hacerlo con alguien más, ¿lo entiendes? —graznó la advertencia, fúrico.

Su cuerpo se agrandó y tragué saliva al alzar el rostro y comprender que ya no estaba frente a mi hermano, no estaba frente al Matt que me sonreía y me pellizcaba las nalgas cuando jugábamos a buscar el mando. No era el mismo niño que conocí, el hombre en el que creí que se convirtió. Era mucho más y…

El corazón me palpitó con pujanza, mi sexo se humedeció hasta empapar las sábanas y gemí, gemí porque quedé perdidamente enamorada de su dureza, de la forma en la que sus ojos se volvieron dos glaciales para quemarme con su dominio.

Sí, estaba loca, pero loca por mi hermanastro.

CAPÍTULO 11

—ERES UN ANGELITO MALO, Daly —siseó y su mano alzó más mi cabeza al apretarme el mentón.

Jadeé y lo miré entre las pestañas.

—No sabes lo que quiero hacerte y no ayuda que te comportes de esa manera. Me incitas. Me estás enloqueciendo y no quiero… ¡Joder! Tienes que mostrármelo, Daly, tengo que ver cuánto lo quieres…

Temblé y me mordí el carrillo.

Quise asentir y jurarle que estaba tan deseosa de tenerlo dentro, que me estaba ofuscando con la presión de sus dedos que bajaron a mi garganta y se ciñeron a mi cuello.

Mi coño palpitó.

—¡Por favor, Matt! —rogué con la voz tan suave que solo lo hice gruñir y estrujar mi tráquea por un segundo, arrancándome un gemido procaz.

—¡Mierda! —graznó y me jaló para alzarme sobre los pies y mirarme desde su altura, intimidante.

Sus inhalaciones dilataron sus fosas nasales y supe que se estaba enfureciendo más, como si eso fuese posible.

Vibré y mis manos recorrieron su torso con timidez. Mis dedos registraron sus músculos sin perderme su gesto que se relajó por un segundo. Su mandíbula se tensó, sus dientes rechinaron y sacó una profunda calada de aire por la boca.

—¿Qué haces, Daly? —inquirió en un susurro, dócil, embriagado con el roce de mis manos, de mis uñas que rasguñaron con inexperiencia sus pectorales.

—Estoy mostrándote cuánto lo quiero —repliqué enajenada y su mano me soltó al escucharme, al oír el gemido latente en mi voz.

Sin que lograse prever mis resoluciones, me acerqué y besé el centro de su pecho, justo en medio de sus pectorales. Tembló y una de sus manos se fue a mi nuca para alzar mi rostro al jalarme del cabello.

Sus ojos ardieron y quemaron los míos, pero no dejé que me detuviera. En su lugar, lo volví a besar, succioné con calidez su piel y descendí por su torso con calma, entre sus bramidos roncos que hicieron vibrar mi lengua y sus manos que me peinaron el cabello y se deshicieron del halo.

—¡Joder, eres tan bonita! —exclamó rígido y me dejó hincarme entre sus fuertes piernas abiertas.

Tragué saliva y solté su mirada para admirar su protuberante erección que apareció frente a mis ojos, aun cuando tuve que alzar el cuello y estirarme para llegar a su altura.

Gemí y temblé, entre el miedo y el placer. Era… hermosa. Su miembro era grueso, grande, durísimo, con protuberantes venas que decoraban su tronco, del mismo color de su piel, pese a que el capullo lo tenía enrojecido y perlado. No supe si era a causa de mis jugos o su líquido preseminal, pero no me importó.

Temblorosa, bajé por completo su ropa interior para tenerlo a mi completa disposición. Bramó profuso y siseó cuando mi mano derecha lo cogió con delicadeza.

Alcé la mirada y lo contemplé. Se estaba conteniendo, cada parte de su cuerpo se engrosó y se preparó para follarme, no obstante, sabía que me lastimaría, así que se contuvo para no tomarme de la cabeza y meterse con ímpetu en mi boca.

Gemí y moví la palma alrededor de su tronco, con calma y suavidad, encandilada por las venas que se saltaron en su cuello, por la forma en la que sus músculos abdominales se movieron hacia los pectorales, para después dejar salir el aire entre sus dientes.

Era toda una bestia salvaje. Mi bestia salvaje.

Me relamí y, sin poder dilatar más el tiempo, porque deseé no solo probarlo, sino torturarlo como lo hizo conmigo, bajé a su erección y lamí la punta una tras otra vez, hasta quitar la mezcla de nuestras excitaciones y ronronear ante el sabor de mi sexo combinado con el suyo.

Gruñó ronco y su mano se enredó en mi cabello.

Rodeé su capullo con la lengua y fustigué su punto más sensible al lengüetearlo como si fuese una paleta, justo en medio, antes de llegar a su ojo ciego.

Siseó y su vientre se constriñó.

—¡Daly! —advirtió entre respiraciones alargadas.

Gemí y dejé la lengua sobre su glande por un instante para que viese el vaho salir de mi boca.

Le faltó el aire y tembló por un segundo. Sonreí y luego lo metí a mi boca para succionarlo, solo la punta. Moví la lengua y apreté para acogerlo con la suavidad de mis mejillas. Sorbí con fruición y dejé que la saliva se impregnara en su mástil que masturbé con una mano, mientras me detuve con la otra en su muslo, para así moverme por completo y calentar su polla deliciosa que me llenó la boca.

Bramó, aulló y su mano me jaló del cabello con cada agitación en la que lo llevé más dentro. Reprimí el reflejo e inhalé con agobio, no obstante, lo empujé más dentro, desesperada por quererlo por completo, por llenarme con su esencia, pese a que no iba por la mitad y ya me estaba atragantando.

—¡Joder, mi angelito, no hagas eso! —bramó con los dientes apretados y trató de no mover las caderas, aun cuando el impulso estaba dominándolo.

Meneé la mano cubierta de saliva por su tronco, por toda esa parte de su miembro enorme que no estaba succionando. Traté de alzar los ojos, pero no pude, me tenía sometida a su masculinidad que atravesó mi garganta y me hizo lagrimear.

Sollocé con mi voz muriendo en su carne y la saqué porque ya no podía respirar, no obstante, no dejé pasar ni un segundo antes de volver a abocarme a su erección. La besé, lamí y jugué con mi saliva cuando bajé a sus testículos húmedos y rígidos que se alzaban con ímpetu, deseosos de eyacular en mi boca. Sin embargo, nuestro dueño tenía otras ideas y, con un movimiento violento, me cogió del cuello y me empujó contra la cama.

Gemí de placer y me dejé hacer por sus rudas manos cuando me tomaron de las caderas, me abrieron de piernas y, sin escalas, se hincó en el suelo para comerme el coño.

Una lamida desde el perineo hasta el clítoris me hizo gritar y apretar las sábanas a las que me sostuve.

Me elevé sobre mis codos para ver su cabeza hundida entre mis muslos.

Alzó la mirada y sus fríos iris me atravesaron cuando torturó mi clítoris con la lengua. Lloriqueé y enrollé las piernas en su espalda grande, su cabeza me empujó más dentro de la cama y succionó mis sensibles labios con urgencia.

Me mordí el labio y gemí excitadísima, con los muslos temblorosos y el calor haciéndose con mi piel.

La punta de su lengua recorrió y dibujó mis pliegues hasta recolectar mi esencia que estaba por

toda su cara. Sollocé y me estremecí. Mi pulso se elevó más y más, hasta que el calor me asfixió, hasta que cada respiración hizo rebotar mis tetas de la exaltación que provocó.

Gruñó y succionó mi clítoris, enloqueció con mi cúmulo de nervios y, me corrí cuando lo rodeó con su boca y lo chupó como si supiera dónde tocar para hacer que todo mi cuerpo se apagara y se encendiera con un brillo cegador que tensó cada músculo de mi ser, que hizo vibrar mi coño y, erizó mi piel hasta que los pezones me ardieron.

Gemí sin voz, mis párpados se cerraron y, caí a la cama entre espasmos violentos.

No se detuvo, no quería, me mancilló con su boca que volvió a la carga, que sorbió mis labios vaginales para después, con la lengua dura, meterse a mi canal y torturar mi anillo cerrado que lubricó más con su saliva, pese a que estaba tan húmeda que empapé su pecho y garganta.

Lloriqueé y traté de retroceder, tan sensible que fue deliciosamente doloroso, pero sus manos no me dejaron escapar y me tomó de las caderas para hundirse más en mi coño, abriéndome con su suculenta lengua.

Gimoteé y las lágrimas que no derramé con la felación salieron de mis ojos que veían todo borroso, un hilito de saliva se pegó a mis labios y temblé con estupor cuando sacó su lengua y metió dos dedos en una sola embestida.

Dejé de respirar y me desmadejé sobre la cama.

Sus dedos se movieron con inquietante presteza y, pese al ardor y dolor inicial, no tardaron en encontrar mi punto interior más susceptible para mortificar mi respiración que se reanudó con dificultad. Corrompió mi cerebro con su boca ansiosa y demandante. Me sobresalté, presa de sus labios, de sus dedos, de todo su cuerpo que fue tras mis orgasmos, uno a uno.

Mis pies se presionaron sobre su fuerte dorso, curvados. Mi espalda se arqueó y el hilo que contenía la represa en mi interior se reventó cuando metió el tercer dedo y todo se oscureció.

Grité, vibré, mis manos se fueron a mis tetas que sujeté con brío para no levitar en la cama, mis caderas se hundieron y mis piernas se cerraron alrededor de su cabeza que bajó a mi clítoris para desconectar mis nervios por la sobrecarga de energía que incendió todo mi cuerpo.

Caí, caí y caí directo al infierno en el que todo su cuerpo me envolvió en una dulce llama.

No supe en qué momento me dejó, el instante en el que me arrastró al centro de la cama y serpenteó sobre mis curvas, dejando una estela de besos que brillaron en medio de la oscuridad e iluminaron mi silueta.

Jadeé por lo bajo, temblé sin casi fuerza, y mi corazón estalló cuando sus labios alcanzaron los míos y me besó con delicadeza, como si temiese romperme, quizá lo haría, en ese punto, estaba al borde de un abismo en el que quedaría sin vitalidad para separarme del todo de la realidad.

CAPÍTULO 12

NOS BESAMOS POR VARIOS MINUTOS, con calma. Sus labios tocaron los míos con sutileza, en una caricia dulce que electrificó una vez más mis nervios.

Su cuerpo descendió y sus pectorales aplastaron mis tetas. Rugió al sentir la presión de mis masas esféricas de carne, de las puntas erguidas y rosadas que se frotaron con su erizada piel.

Jadeé, gimió.

Ambos nos movimos para pegarnos al cuerpo del otro.

Su pene se metió entre mis delicados labios y volvió a rozar mi sexo con su grandeza, abriéndome para lubricarse con mis jugos que salían sin que pudiese detenerlos.

—¡Matt! —sollocé, anhelando que se encajara en mi interior.

Quizá no estaba preparada para un mástil tan grande, sin embargo, necesitaba más que su roce, lo quería dentro, profundo, colmándome con su calor, abriéndome como tanto deseé, tomándome como el único hombre que ansié que estuviese en mi interior.

Gruñó y me mordió el labio y lo estiró lo suficiente para enviar un latigazo de placer a mi sexo que volvió a palpitar, como si antes no hubiese tenido suficiente. Quizá nunca lo tendría, si era con Matt, no podía desear más que estar a su lado.

Se frotó con más fuerza y jadeó sobre mi boca, tenso y reprimido.

—¡Matt, por favor, quiero que lo hagas! —supliqué y arañé su espalda.

—¡Joder! —maldijo por lo bajo.

Con un movimiento rápido, me cogió de las caderas y nos giró para que quedase a horcajadas sobre su erección.

Gemí entre el susto y el desconcierto y mis ojos se abrieron para verlo debajo de mí, grande. Su cuerpo era tan dispar al mío que tuve que abrir más los muslos para hacer lugar a sus caderas.

Tragué saliva con dificultad. Mis manos sobre sus pectorales me alzaron y lo miré con estupor.

—¿Matt?

—No puedo —respondió mi pregunta sin completar—. Quiero hacerlo, mierda, lo deseó demasiado —gruñó y sus manos se incrustaron en mis caderas.

—¿Pero…?

Alcé la ceja y lo admiré con ternura.

Bramó y sus manos movieron mi pelvis para frotar nuestros sexos calientes y calados.

Gemí con la boca entreabierta, mis párpados se entrecerraron y sus músculos se definieron al sisear, al sentirme sobre su eje, tersa y húmeda.

—Quiero que lo hagas, Matt, por favor —supliqué al no obtener respuesta.

Chasqueó la lengua y detuvo la oscilación de mis caderas. Vibré y me apreté contra su polla que se quedó con la punta a un palmo de mi abertura punzante.

Negó.

—No lo haré, tienes que hacerlo tú, de lo contrario, te lastimaré y me niego a hacerlo así. No quiero que llores, Daly, no quiero ver tus jodidas lágrimas si no es de placer, así que… Si lo

quieres…

Tragué el nudo que se me formó al entenderlo. Mis manos apretaron sus pectorales y gruñó, mostrándome los dientes cuando le enterré las uñas.

Oteé su gesto rígido, sus músculos ceñidos, su cuerpo grande bajo el mío y, la sensación de indefensión y ardor se mezcló en mi vientre.

Solté sus pectorales hinchados y me alcé para meter la mano entre nuestros cuerpos, tomar su polla erguida que rodeé y masturbé por unos segundos, indecisa, sin despegarme de su mirada de hielo que flameó y calentó mi centro.

Inhalé entrecortado y llevé su capullo a mi agujerito cerrado. Cerré los párpados por un segundo, en el que el pitido de mi corazón eclipsó el sonido de su profusa respiración.

Excitada y encandilada por la forma en la que me abrió cuando pasó mi anillo que ensanchó, jadeé y abrí los párpados, lo suficiente para ver cómo le rechinaban los dientes y prensaba mi cadera para no bajarme de un solo movimiento.

Jadeé y, con las manos otra vez en sus pectorales, casi sin aire, bajé temblorosa sobre su eje, centímetro a centímetro.

El ardor punzó en mi vientre, pese a que fue devorado por el placer, por el deleite de ver sus ojos fijos en los míos, con las pupilas dilatadas y el semblante tirante gracias a la forma en la que mi coñito lo envolvió.

Bramó y lloriqueé cuando llegué a la mitad y tuve que detenerme porque estaba palpitando con fuerza y me estaba quemando de dos diferentes maneras.

—¡Matt, no sé si pueda! —gimoteé y traté de moverme para llevarlo más dentro, no obstante, había algo de resistencia en mi propio cuerpo y me mordí el labio cuando el dolor envió un relámpago directo a mi cerebro y mi columna se irguió como un tensor de acero que conectó mi coñito con mi cabeza.

Jadeante, me sostuvo y me miró con devoción.

—¿Quieres que me salga? —inquirió preocupado, con la mirada detenida en mi gesto compungido en un puchero.

Agité la cabeza en una negativa.

—No. Te quiero dentro, hondo, quiero que me abras, Matt. Solo que… —respiré con exaltación y bajé un poco más, abriéndome con su grosor y tamaño. Grité y apreté los dientes cuando estaba cerca de tomarlo todo y tuve que detenerme otra vez—. Solo que… no creo poder sola… —concluí alborotada, tratando de meter aire a los pulmones.

Un escalofrío lo sacudió y, tan rígido como estaba, me bajó por completo para acogerlo de lleno hasta el fondo de mi vientre.

Gemí y un rayo me atravesó. Mi cabeza se alzó, mi boca se abrió y un hilito de saliva enlazó mis labios, ante el dolor y placer. Grité y tirité. Cerré los ojos y tragué el nudo que se me formó.

Me quedé quieta, con él dentro de mí, como siempre soñé y sonreí. No pude evitar que, sentir cómo me partía en dos, que percibir mi coño latir para abrirle espacio a su virilidad, fuese al fin la culminación de mis fantasías, bueno, casi, porque en mis ensueños lo veía a él sobre mí, domándome con furia hasta reventar en mi vagina, en mi canal, embara… No, eso último mejor no.

Sacudí la cabeza y volví a la realidad, esa en donde me estaba quebrando y recomponiendo al mismo tiempo gracias al deseo.

Extendí los dedos por sus pectorales y jadeé cuando su miembro pulsó en mi interior y se agrandó un centímetro más.

Con un gemido ofuscado, subí y volví a bajar con delicadeza, montándola con un movimiento

serpentino de caderas que con cada arremetida se fue ahondando y llevándolo más y más dentro, mojando su vientre con mis jugos.

Nuestras miradas se enlazaron con apetito, con pecaminoso deseo. Sus ojos bajaron al rebote de mis tetas, se relamió y sus dedos se marcaron en mi piel, pero no subió a comérmelas, en su lugar, se maravilló con la fantasía de tenerlas frente a sus ojos, grandes, pesadas, moviéndose para complacerlo.

Lo cabalgué sin apartar mis ojos de los suyos, sin quitar las palmas de sus pectorales.

Gemí cuando el dolor se evaporó por completo y me pude mover con ímpetu, cuando pude gritar su nombre y revolverme con gracia sobre su eje.

—¡Mierda! —vociferó y jaló la falda de tul para buscar el cierre, mientras, seguí cabalgándolo y le sonreí cuando al fin logró deshacerse de la faldita y miró nuestros sexos fusionados.

Bramó ronco y sus venas se resaltaron, ya no solo en su cuello, sino en todos sus brazos, dejando un mapa seductor sobre su nívea piel.

Jadeé y me moví con más prisa.

—¡Joder, Daly, tu coño se está devorando mi polla! —Aulló y cerró los ojos por un segundo, para después poner con firmeza sus manos sobre mis nalgas e impulsar mis balanceos serpentinos de cadera en el que lo llevé más dentro, con sentones acuciantes que me borraron la razón.

Gemí, me mordí el labio y lo cabalgué como toda una profesional, pese a que solo estaba siguiendo mis instintos. Moví las caderas en círculos al subir y bajar, dejé una mano solo sobre su cuerpo y la otra la llevé a mi cabello para apartarlo de mi rostro y después me apreté el pecho con ansia.

Gruñó como una bestia y se hizo con mi culo para follarme como tanto quería, maniatándome para subir su pelvis que golpeó la mía y reventó en mi clítoris con estallidos húmedos que crepitaron con el choque de nuestros sexos.

Grité y el calor subió por mi vientre con violencia. Mi piel se sonrojó y me apoyé en su torso para moverme con furor, con el mismo ritmo diabólico con el que su polla me abría y acariciaba desde adentro hacia afuera.

Mi corazón se aceleró hasta llegar a la arritmia, mis oídos se ocluyeron y la hecatombe en mi vientre se desató para consumir todo a su paso, para prender en fuego cada célula de mi cuerpo y nublarme la mente con cada arremetida en la que tocó un punto delicado al final de mi vagina que prendió mis partes sensibles y me hizo gritar hasta que la tensión empujó el fuego en mi vientre.

Dejé de respirar, lo hundí de un sentón en mi vagina y tirité cuando la luz cegadora calcinó mi cuerpo y me corrí en medio de múltiples espasmos corrosivos. Arañé sus pectorales y me arqueé para encontrarme con su lengua viperina que succionó uno de mis pezones y terminó por dilapidar la pólvora que estalló en cada parte de mi ser.

Caí encima suyo cuando fui trasportada del cielo al infierno y grité hasta quedar sin voz. Su boca estiró mi pezón antes de dejarlo y me abrazó para sobreponerme a los temblores del brutal orgasmo que me apagó por un segundo.

Aspiré aire por la boca y me hundí en el hueco de su cuello donde inhalé su aroma a fresco, a hombre, a deseo, a mí…

Lo abracé y, sin pretenderlo, porque estaba demasiado sensible para ser consciente de lo que ocasionaría, me moví para volver a cabalgarlo sin soltarlo.

Gruñó y con sus manos sobre mis nalgas me ayudó, me abrió el culo y subió las caderas para penetrarme con velocidad y profundidad.

Jadeé y me mordí el carrillo, traté de no aferrarme a su cuerpo, pero me quedé pegada a sus

músculos cuando la estimulación creó un chasquido que incendió mis terminaciones nerviosas, a punto de caer al abismo por cuarta vez.

Con un rápido movimiento, me puso boca abajo y se pegó a mis curvas para buscar mi boca y martillar dentro de mi coño como si no hubiese mañana.

Lo besé con urgencia. La energía se acumuló una vez más en mi vientre y lo apreté con saña, mis paredes se ciñeron a su dureza. Aulló y metió la lengua a mi boca, sus pectorales frotaron mis pezones, encontrando el nervio exacto que hizo palpitar con más furia mi canal. Su pelvis reventó contra mi clítoris, así como sus testículos que prorrumpieron contra mis nalgas, cuando me dobló para alzar mi culo y reventarme el sexo.

Gemí y arañé sus omóplatos.

La corriente se acumuló en mi vientre, nuestros sexos pulsaron con vigorosidad, nuestros cuerpos se frotaron, mi piel quemó y se erizó, el hormigueo se convirtió en un delicioso picor que hizo vibrar cada parte de mi anatomía. Me alcé a la cima con cada penetración profunda, con cada estocada honda en la que su capullo acarició el fondo de mi vagina y lo abracé desde la base hasta la punta.

Jadeé, grité. El tsunami se acercó a la costa, dejé de besarlo, ansiando el oxígeno que nos faltaba.

Su rostro buscó el hueco de mi cuello, sus dientes rechinaron sobre mi oído. Siseó cuando me tensé, cuando mis piernas lo rodearon y nos rozamos con desesperación, a punto de derramarnos en el otro.

Me mordí el labio por un segundo, antes de que la supernova explotara en mi centro de gravedad. Levité directo al espacio. Mi espalda se arqueó, mi cuello se curvó, así como mis pies en punta que rastrillaron sobre su firme culo que se tensó al meterse en lo más recóndito de mi sexo.

Su miembro se engrosó con cada palpitación de mis paredes, la luz lo absorbió desde nuestra unión y con un gruñido salvaje se corrió en copiosos chorros calientes en mi vientre que inundó con cada convulsión.

Jadeamos y gemimos al unísono, abrazándonos con cada nuevo estremecimiento con el que nos apretamos al otro y nos colmamos con la sutil fragancia de nuestro encuentro que espoleó cada fibra de mi ser.

Lo envolví con mis piernas y brazos, con las reminiscencias del nirvana haciendo estragos en mi psique, en mi sexo que inundó su pelvis, piernas, mi trasero y la cama, pese a que solo hizo que lo sintiera hondo, tan unido a mi ser que ya no sabía dónde terminaba su piel y comenzaba la mía.

Sin abrir los párpados, busqué su boca. Movió la cabeza para encontrarse con mi beso y nos fundimos en una dulce danza en la que algo más que la lujuria nos cubrió.

Gemí, lloriqueé y descendí del cielo en el que me sostuvo, pese a que el infierno me lamió la piel y consumió mi coñito por su culpa.

Mi dulce, dulce demonio…

Cansada, lo acogí con mi cuerpo, se giró para no dejar caer su peso sobre mis curvas y luego me puso sobre su pectoral. Sofocada, me abandoné a los brazos de Morfeo, con su calor rodeándome y su polución goteando de mi intimidad, como siempre deseé que sucediera.

Sus manos peinaron mis cabellos y no supe lo que encontraría cuando me despertara, si todos sería producto del embrujo de una fiesta de disfraces o, por el contrario, los encuentros clandestinos se harían con nuestros días, hasta que la pasión y el amor nos sobrepasara y termináramos por reconocer ante otros lo que ese día carcomió nuestras almas para hacer estallar nuestros más impúdicos y perniciosos deseos.

No, no lo sabía y, a decir verdad, ¿a quién coño le importaba mientras podía escuchar sus

rítmicos latidos y sentir el escozor en el sexo que provocó cuando me folló?

Gemí de placer antes de perder la consciencia, con Matt, mi hermanastro, contemplando y acariciando mi cuerpo con dulzura, para nunca despertar del idilio que nació en una seductora noche de Halloween.

F I N

ÍNDICE

ADVERTENCIA
SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
SOBRE EL AUTOR
OTROS RELATOS

Si te ha gustado este breve y sugestivo relato, puedes apoyar mi trabajo dejando un comentario, sea corto o largo, a través de Goodreads, Amazon o redes sociales en las que me puedes etiquetar.

SOBRE EL AUTOR

Soy ciudadano del mundo, enamorado de la silueta femenina y adorador de sus hermosas y cándidas almas que me dejan sin aliento, de ahí que me encante escribir relatos eróticos en donde ellas son las protagonistas de mi prosa.

Para más información, me puedes seguir en mis redes sociales como:

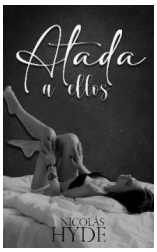
En Instagram como:

@nicolas_hyde03

O a través de mi correo como:

03hyde@gmail.com

OTROS RELATOS



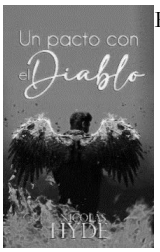
Atada a ellos

Desde que lo vi la primera vez… Me gustó, me pareció el hombre más atractivo y varonil del mundo. Pero era un hombre prohibido, un hombre en el que nunca debí fijarme. Sentir su mirada imponente, su aroma masculino, su esencia dominante…, pudo conmigo y me dejé llevar por su propuesta indecente, una propuesta emocionante e inquietante.

«Un relato corto que te hará estrujar la sábana de tu cama y suspirar de excitación».

◄ ►

Un pacto con el Diablo



Elisa estaba harta de su vida, de que las personas la pisotearan, de hacer todo por los demás, sin recibir nada a cambio. No quería caer en los embrujos y promesas de otros. No quería ceder ante nadie, ya no más.

¡Ya no podía con su vida mediocre!, y estaba dispuesta a hacer lo necesario para obtener lo que quería, incluso venderle su alma al mismo demonio, o para el caso, su cuerpo.

Y tú, ¿dejarías entrar al diablo en tus bragas?

«Un relato ardiente que te quemará en las brasas del infierno».

◄ ►

Perdóname, padre, porque he pecado



Desde joven, Amanda siempre soñó con convertirse en monja y dedicar su vida al servicio de los más necesitados. Nunca le importó las privaciones que su convicción traería a su vida, mucho menos las sexuales.

Incluso en su adolescencia, jamás tuvo la necesidad de sentir su piel ardiendo en llamas, no esperaba las caricias de un hombre, y mucho menos consideró hacerlo con sus propias manos, hasta que, en una noche estrellada, se encontró con la tentación personificada en un hombre.

Un pecado que necesita ser expiado.

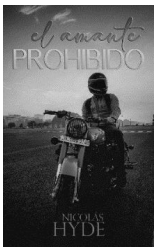
Un castigo que corromperá su alma y desatará su deseo.

Y una sotana que la hará hincarse ante la impudicia del placer.

¿Te animas a explorar las perversiones de Amanda?

◄ ►

EL AMANTE PROHIBIDO



Paula siempre fue una mujer con mucha suerte, a la que la vida le sonrió. Con un buen trabajo, un físico envidiable, sensualidad y mucho más…

No obstante, su vida da un vuelco cuando se enamora y su matrimonio no corre con la misma dicha… Con un esposo que la deja abandonada a la mínima oportunidad, y un hijastro joven, rebelde, y guapo…

La vida para Paula nunca fue tan difícil, en especial porque tiene que soportar las miradas lascivas de cierto joven que hace que su cuerpo tiemble.

Un relato donde la seducción incita a lo prohibido.

◄ ►

ÁNGEL



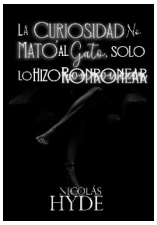
Desde que la vi por primera vez, me pareció una mujer despampanante, guapísima, como ninguna otra, sin embargo, pese a su sonrisa discreta y displicente, no podía engañarme, aquella mujer de cabello dorado, ojos como las esmeraldas y cuerpo de infarto, no me correspondía de ninguna manera, ¿o sí lo hacía… y solo tenía que saber cómo subyugarla?

Después de todo, Ángel no era una mujer cualquiera, no, ella era una bailarina exótica de lo más sensual, y la vecina más «buena» que tenía.

«Un relato erótico que te someterá a sus deseos…»

◄ ►

LA CURIOSIDAD NO MATÓ AL GATO, SOLO LO HIZO RONRONEAR

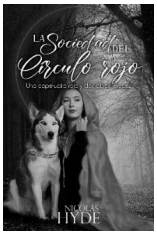


El viejo dicho dice que «la curiosidad mató al gato»…, en mi caso, la curiosidad me llevó a un mundo nuevo de aventuras, un mundo lleno de erotismo, sensualidad y muchos jadeos.

Todo comenzó con una carta, y terminó con un orgasmo.

◄ ►

LA SOCIEDAD DEL CÍRCULO ROJO



Múltiples sueños me llevaron hasta ese momento, el instante en donde cumplí mi mayor fantasía: *Ser la presa*…

Vestida con una elegante capa roja y larga me preparé para comenzar el juego en el que dos apuestos y fuertes «lobos» me cazarían y cumplirían con mi más fervoroso deseo.

Un retelling excitante entre caperucita roja y dos lobos feroces.

◄ ►

SOLO UNA NOCHE.



Después de una complicada ruptura, Adriana decide pasar página y dar rienda suelta a sus deseos, olvidándose así de todo aquello que atormenta su mente.

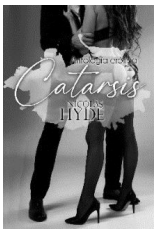
Dispuesta a bailar al son de los acordes de la música que suena en la discoteca, se encuentra con las hábiles manos de un hombre que estará dispuesto a borrar todos esos pensamientos que la atribulan.

Un relato lleno de pasión desenfrenada.

◄ ►

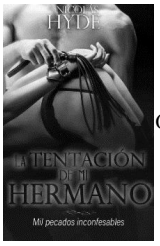
CATARSIS

ANTOLOGÍA ERÓTICA



Antología erótica con muchos relatos sensuales, llenos de pasión, seducción, recubiertos por el romance oscuro. La cual recoge los anteriores relatos, además de «Sé mía» un relato corto e intenso que te hará suspirar con sus escenas cargadas de erotismo.

◄ ►



LA TENTACIÓN DE MI HERMANO

Cuando sus padres murieron no le quedó más remedio que aceptar la propuesta de su hermano, diez años mayor, e irse a vivir al extranjero, a su lado.

Cecil dejó todo atrás: sus estudios, sus amigos, su novio, y emprendió una nueva aventura, o al menos eso creyó, hasta que se dio cuenta de que la vida con su hermano no sería lo que pensó.

No, no iba a aceptar sus reglas, no iba a dejar que le dijese cómo vestirse o que la insultara. Era una chica con el corazón rebelde y la piel caliente, una chica que pensaba apagar su calor a como diese lugar, incluso si caía en lo moralmente reprobable.

Un romance erótico oscuro y prohibido no apto para todo público.

◄ ►

EL IDILIO DE MI TÍO



La vida de Susan da un vuelco cuando su padre muere y su madre se ve *obligada* a aceptar una oferta de trabajo en el extranjero, dejando a su hija al cuido de Xavier, el hermano de su fallecido marido, a quien Susan no conoce.

Lo que no sabe es que Xavier no es un hombre cualquiera, no, él solo quiere jugar con su nueva *muñequita* y cobrar venganza.

«Un relato oscuro subido de tono, no apto para todo público».

◄ ►



LA FANTASÍA DE PAPÁ

Era incorrecto, estaba mal, no debía suceder y, sin embargo, pese a saberlo, la deseaba, la anhelaba como jamás lo hizo con otra mujer.

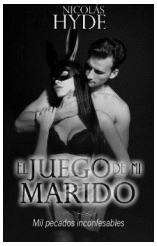
Cuando Celeste le preguntó si podía llegar a quedarse con él, Dominic no lo pensó dos veces. Tenía muchos años sin ver a su hijastra, pese a que siempre se mantuvieron en contacto, recordaba con gran cariño a la niña de trece años que dejó atrás cuando se divorció de su madre, no obstante, en ningún momento esperó encontrarse con la mujer sensual y extrovertida en la que se convirtió aquella chiquilla a la que tanto cariño le tenía.

¿Podrá Dominic resistir la tentación de probar la fruta prohibida que es Celeste, su hijastra?

Un relato de romance erótico donde sus principios serán cuestionados, y su amor transformado.

◄ ►

EL JUEGO DE MI MARIDO



La primera vez que se lo propuso, creyó que estaba jugando, que no era más que palabras destinadas a insuflar su deseo, a caldear sus encuentros íntimos, no obstante, no fue así, y cuando menos lo esperó, el juego se hizo realidad, llevando a Lisa a un mundo nuevo, donde la mente retorcida de su marido sería la que dirigiría su andar.
Un relato lleno de tabú, de erotismo oscuro, en el que Lisa será la protagonista de un juego retorcido que caldeará su cuerpo y perturbará su alma.
¿Podrá Lisa resistir al erótico juego que le propone su marido?

◄ ►

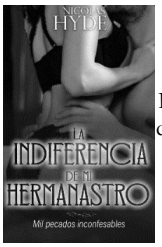
EL SECRETO OSCURO DE MI PAPI



Amor y odio, dos palabras que, por mucho tiempo, fueron sinónimos para Dulce.
Lo amaba y lo odiaba.
Por eso se alejó….
Sin embargo, cuando creyó que había superado su agonía, volvió, solo para que esas palabras cobrasen su significado original y se desenredaran, volcando su vida, convirtiendo su día a día en un torbellino de sensaciones que cada vez fueron nublando más su raciocinio, hasta que sucumbió ante él, el único hombre que amó y odió con toda su alma, el hombre que ayudó con su crianza, un hombre prohibido: su padrastro.
Un relato picante y excitante, donde el tabú es el ingrediente principal.

◄ ►

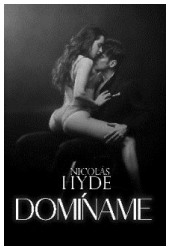
LA INDIFERENCIA DE MI HERMANASTRO



Desde el primer segundo en el que sus ojos se posaron en su estoico rostro, se sintió profundamente atraída por él, por su masculinidad, por su cuerpo fuerte, por sus formas altivas y viriles que enloquecieron su corazón, que estremecieron su cuerpo, sin embargo, él nunca la vio como mujer.
Para Ian, Aurora, solo era una niñata. Le molestaba verla, tenerla cerca, y mucho más advertir aquella mirada inocente del color del hielo que lo atravesaba e incordiaba, hasta que un viaje cambia todo, un viaje que le hizo apreciar el dulce y curvilíneo cuerpo de su hermanastra de otra manera y cayó rendido a los encantos de la sirena que nunca deseó.
Un relato ardiente, donde la proximidad forzosa los calentará hasta el punto de no retorno.

◄ ►

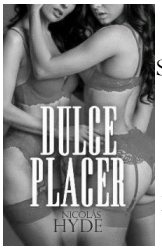
DOMÍNAME



Ariana siempre fue una mujer fuerte e inteligente, una mujer que le gustaba defender sus principios y sus derechos, hasta que lo conoció a él y todo su mundo cambió, deseando que aquel hombre la dominase y cumpliese sus fantasías más perversas, esas fantasías que ni siquiera se atrevía a confesarse en su fuero interno.
Un relato picante donde el juego de rol traspasa a la realidad.

◄ ►

DULCE PLARCE



Se dijo que solo iba a divertirse, a tomar unos tragos y bailar hasta quedar agotada. Emy no tenía otros planes más que relajarse, hasta que la vio, hasta que vio a la mujer más impresionante que alguna vez sus ojos pudieron admirar y su corazón se desembocó.
No quería que su pulso se alterara, sin embargo, el magnetismo que esa elegante mujer ejerció sobre su cuerpo pudo con su psique.
Lo que Emy no sabía es que aquella impresionante mujer escondía un secreto que la haría estallar en una apasionante vorágine de sensaciones.

◄ ►

SÉ MÍA



Desde la primera vez que lo vi, supe que era un hombre imponente, un hombre peligroso, capaz de doblegar a cualquiera, capaz de hacer que el alma y cuerpo de cualquier mujer tambaleara, y eso me incluía.
Pero ¿qué tanto me quería él?, ¿hasta dónde podía llegar nuestra relación?, después de todo, él era un hombre prohibido.

Un relato corto e intenso que te hará suspirar con sus escenas cargadas de erotismo.

◄ ►



EL PRECIO DEL PLACER

Camila solo quería llegar a casa y disfrutar de una noche candente al lado de su pareja, sin imaginar que las adicciones de su esposo la arrastrarían a un tétrico lugar en el que un hombre, de aura oscura, la envolvería con sus encantos para que pagase con su cuerpo la deuda de su marido.

Bruno no pretendía aceptar la propuesta de ese estúpido que le debía el alma, no era un hombre al que le gustara perder, no obstante, en cuanto vio la fotografía de la bonita esposa del deudor, no pudo más que recomponerse la bragueta del pantalón y planear su próximo movimiento, el que lo llevaría a retozar junto a esa candente mujer que prendió sus venas e hizo arder su alma.

La tendría, sería suya, la dominaría y se la arrebataría de las manos al idiota de su marido que presenciaría el espectáculo desde la primera fila.

Un relato candente en el que la ignominia, el tabú y las apuestas jugarán con su mente y espolearán su deseo.

◄ ►

EL ENCANTO DEL PLACER



Después de sucumbir ante otro hombre mientras su marido observaba impotente, Camila no puede dejar de revivir esa noche en la que fue dominada por un mafioso que despertó cada rincón de su lujuria sin límites ni reparos. Nunca imaginó que la infidelidad podría encender su cuerpo de manera tan intensa, pero ahora tiene algo claro: jamás volverá a ser la misma.

¿Logrará Camila sofocar el incendio que la consume o caerá una y otra vez en la tentación de entregarse a otros hombres?

Una historia de pasión y lujuria que retará la mente y el cuerpo, explorando el placer prohibido de la infidelidad.